



DAYSI MONTERO

SERIE BIOGRAFÍAS

MEDALLA AL MÉRITO DE
LA MUJER DOMINICANA 2021



GOBIERNO DE LA
REPÚBLICA DOMINICANA

MINISTERIO DE LA MUJER



DE LA MUJER DOMINICANA 2021

MEDALLA AL MÉRITO DE LA MUJER DOMINICANA

Cada año, el 8 de Marzo, engalana la Medalla al Mérito de la Mujer Dominicana, reconocimiento creado mediante el Decreto No. 3013 en el 1985, para reconocer el trabajo y la valía de mujeres que, con su trayectoria y aportes, reafirman históricamente que han sido siempre grandes conquistadoras y luchadoras en todos los ámbitos, superando y cerrando las brechas sociales, económicas y políticas.

A través de este reconocimiento, año tras año, se ven los aportes de las mujeres en cada postulación recibida, en cada candidatura que muestra con vastas evidencias, la capacidad de las mujeres en todo lo que se proponen, el tiempo que invierten y los frutos obtenidos a pesar de las limitaciones y dificultades.

Para el Ministerio de la Mujer este galardón es un orgullo, es motivo de alegría, y un acto de justicia reconocer junto al Poder Ejecutivo a esas grandes mujeres dominicanas, que con su trabajo no solo contribuyen al desarrollo humano, sino también dejan en alto, dentro y fuera del país, a la República Dominicana.

En su entrega número 36, catorce mujeres destacadas en las categorías de Educación, Cultura, Ciencia y Tecnología, Municipalista, Emprendedurismo e Innovación, Inclusión e Igualdad, Deporte, Labor Comunitaria, Empresaria destacada en el extranjero, Política, Salud, Laboral y Póstuma, recibieron este importante reconocimiento mediante el Decreto del Poder Ejecutivo No. 143-21.

MARGARITA CORDERO

DAYSI MONTERO DE OLEO

SERIE BIOGRAFÍAS MEDALLA AL MÉRITO
DE LA MUJER DOMINICANA 2021



GOBIERNO DE LA
REPÚBLICA DOMINICANA

MINISTERIO DE LA MUJER

Santo Domingo, República Dominicana
2022

Ministerio de la Mujer

Serie Biografías Medalla al Mérito de la Mujer Dominicana

Biografía Daysi Montero de Oleo
Medalla al Mérito a la Mujer Dominicana 2021,
Categoría: Laboral

Autora: periodista Margarita Cordero
Revisión de estilo: Aimara Vera
Cuidado de edición: Carolina Acuña
Diseño y diagramación: Dirección de Comunicaciones
Impresión: Servicios Gráficos Tito
ISBN: 978-9945-9342-2-2-9

©Ministerio de la Mujer, 2021
Av. México Esq. 30 de Marzo, Bloque D, segundo piso,
Santo Domingo, D. N., República Dominicana
Teléfono: (809)685.3755
E-mail: info@mujer.gob.do
www.mujer.gob.do

Agradecimientos

En primer lugar le agradezco a Dios por haberme guiado a lo largo de mi vida.

A mis padres, que me dieron la existencia y en ella la capacidad de superarme y desear lo mejor en cada paso en este camino difícil y arduo de la vida. Gracias por ser como fueron, porque en su presencia me ayudaron a construir y forjar la persona que ahora soy.

A mis hijos y familiares, quienes han sido mi apoyo en todo momento y sobretodo mi mayor motivación.

Maestros, amigos y compañeros de lucha sindical que, en el andar por la vida, nos hemos ido encontrando; cada uno de ustedes han motivado mis sueños y esperanzas en consolidar un mundo más humano y con justicia social.

Gracias a todas las personas que han creído en mí y que han aportado en mi recorrido en este camino, porque me han enseñado a ser más humana, más tolerante y apostar a que un mundo mejor es posible.

Y al Ministerio de la Mujer por este reconocimiento.

Daysi Montero

Índice

Capítulo I	Daysi Montero de Oleo o la persistencia en la lucha por la justicia	15
Capítulo II	La forja de una vida	21
Capítulo III	El sindicalismo como pasión	33
Capítulo IV	Quienes han marchado junto a ella, la miran	45
Capítulo V	Una madre como pocas: hablan sus hijos y su hija	67

Presentación

Con estas publicaciones, el Ministerio de la Mujer inicia la Serie Biografías Medalla al Mérito de la Mujer Dominicana, con la finalidad de crear un acervo bibliográfico sobre mujeres galardonadas cada 8 de marzo, por su destacada participación en el ámbito económico político y social del país.

Cada una de las biografiadas representa una forma distinta de construirse mujer. Son distintos sus orígenes y distintos los derroteros de sus vidas. Empero, todas tienen en común haber enfrentado con decisión y valentía los obstáculos que la cultura patriarcal opuso a la conquista de sus sueños. Todas ganaron para ellas el espacio desde el cual han afirmado su valor social y de género.

Gracias al esfuerzo de incontables teóricas feministas a lo largo de las últimas seis décadas, a la historiografía masculinizada le resulta hoy imposible hablar de historia omitiendo a las mujeres. Un logro, sin duda alguna, sobre el intencionado ocultamiento de la contribución femenina a la lucha de los pueblos por la justicia.

Pero este logro debe ser complementado con la historia de las mujeres, es decir, como afirma Ana Linda García Peña, con la explicación de los cambios en las relaciones de poder que perpetúan la desigualdad, la dominación masculina y la subordinación femenina.

En nuestro país, donde la historiografía sigue siendo desigual con las mujeres, el inicio de esta colección también busca reivindicar el valor personal de las biografiadas y sus logros sociales como dinamismo y a la vez consecuencia de la lucha de todas las mujeres contra la discriminación y la exclusión.

El inicio de la Serie Biografías Medalla al Mérito de la Mujer Dominicana reafirma el compromiso del Ministerio de la Mujer con un mundo en el que las mujeres, libres del lastre de las desigualdades, puedan desplegar las alas de la creatividad y mirar el futuro con optimismo.

Mayra Jiménez
Ministra de la Mujer

36^º ENTREGA
MEDALLA AL
mérito
DE LA MUJER DOMINICANA
2021





El presidente constitucional de la República, imponiendo la Medalla al Mérito de la Mujer Dominicana, en la categoría de Laboral, a Daysi Montero.



Capítulo I:

Daysi Montero de Oleo

o la persistencia en la lucha por la justicia

Daysi Montero de Oleo



Minerva de Oleo Madre de Daysi



Plinio Montero Padre de Daysi

I. Daysi Montero de Oleo o la Persistencia en la lucha por la justicia

El 11 de septiembre de 1951 el sol caía inclemente sobre El Cercado, un municipio de la provincia entonces llamada Benefactor como tributo a la megalomanía del dictador Rafael Trujillo. Pese a la rimbombancia de su nombre y a su feraz naturaleza, Benefactor, hoy San Juan de la Maguana, tenía una de las densidades poblacionales más bajas de la época: apenas 31 personas por kilómetro cuadrado. El Cercado cabía en un pañuelo y se moría de pobreza.

Desde temprano en la mañana de ese día, en el hogar de Plinio Montero y Minerva de Oleo el ajetreo era incesante. No era para menos: Minerva estaba de parto. Justo en el momento en que el reloj marcó el mediodía, una niña asomó la cabecita al mundo y, ya en manos de la comadrona, gritó fuerte. Días después, cuando siguiendo una tradición cultural ahora casi desaparecida, a la niña le «echaron agua» entre rezos y salves y bajo la luz de una vela ritual, las vecinas sintieron la necesidad de tocar el frágil cuerpecito y, en pose de pitonisas sureñas, dijeron a la madre que esa niña había nacido «para algo en la vida».

El año anterior al nacimiento de Daysi Montero de Oleo, la dictadura realizó un censo de población. Los datos de la provincia remarcaban su apabullante ruralidad y su atraso social y económico: nueve de cada diez

habitantes eran campesinos; solo uno de cada cuatro realizaba una actividad por la que recibía pago, y sesenta y ocho de cada cien no sabían leer ni escribir. Si era esa la situación de la provincia, imaginarse cómo era entonces de penosa la de El Cercado no supondrá esfuerzo alguno.

Fundado en 1845 por Pedro Santana, El Cercado deriva su nombre de estar rodeado de montañas. Originalmente, no fue ese su claustrofóbico apelativo, sino el de Sabana del Bohío. Con el paso del tiempo ganó y perdió extensión a tenor de los acontecimientos e intereses políticos que han determinado desde siempre la repartición territorial. Perteneció a Azua hasta 1938, fecha en la que la dictadura crea la provincia Benefactor y El Cercado pasa a formar parte de ella. Cuatro años más tarde, saldrán de sus límites varios pueblitos para ir a anidar en Elías Piña y llegarán otros que hasta entonces pertenecían a San Juan, el municipio cabecera, solo para sufrir luego una nueva sangría de kilómetros.

LA NIÑA QUE NACIÓ PARA ALGO

Cuando siguiendo una tradición cultural ahora casi desaparecida, a la niña le “echaron agua” entre rezos y salves y bajo la luz de una vela ritual, las vecinas sintieron la necesidad de tocar el frágil cuerpecito y, en pose de pitonisas sureñas, dijeron a la madre que esa niña “había nacido para algo en la vida”.

Historiadores del municipio hablan de su próspera actividad económica en el siglo XIX. Difícil de imaginar, pero así era. La miel de abeja, el tabaco, la cera, el cuero y el café eran comerciados en Barahona, donde los cercadenses obtenían sal y coco. Pero no solo la ciudad vecina era destino de este intercambio; también lo era Haití, donde los residentes en El Cercado compraban tejidos, perfumes, ron y enseres del hogar. La laboriosidad de la población iba de la mano con su profunda y sincrética religiosidad. En tiempos de los taínos, el hoy llamado Valle de San Juan

era el eje político y religioso de la isla. La antropóloga Martha Ellen Davis² (2010) afirma que el Hoyo de San Juan, cerca del Corral de los Indios, es todavía hoy considerado por los pobladores como el lugar donde la tierra parió a San Juan Bautista, milagro por el cual devino «el centro del mundo». En ese extenso valle, donde se alza el pico Duarte, el más alto de toda la isla, se entremezclan y conviven en perfecta armonía las creencias de origen indígena, africano y español, configurando una religiosidad popular que ha alentado también movimientos de resistencia social, como el encabezado por Liborio Mateo, líder mesiánico cuyo culto ha sobrevivido al tiempo y sus vicisitudes.

El nombre de El Cercado está también ligado a la historia nacional de muchas otras maneras, pero quizá ninguna como la de haber sido escenario del apresamiento del febrerista Francisco del Rosario Sánchez, fusilado en San Juan de la Maguana el 4 de julio de 1861, pocos días después de haber ingresado a territorio dominicano desde Haití junto a un grupo de veinte patriotas que corrieron su misma suerte, para luchar contra la anexión a España que devolvía a la República Dominicana a la condición de colonia. Con el correr de los años, el pequeño pueblo también estará involucrado en las luchas intestinas que sacudieron al país durante décadas.

El transcurso del tiempo no parece haber beneficiado de manera sustantiva a El Cercado. Sesenta años después de aquel censo trujillista que describía un panorama socioeconómico desolador, la población del municipio apenas había crecido y sus indicadores seguían gritando los lastres del olvido en que los sucesivos gobiernos han mantenido a la región sur. La exigua población de El Cercado, apenas 20,843 almas según las últimas estadísticas censales, envejece progresiva e indeteniblemente, y por cada cien niños y niñas con menos de diez años, hay treinta y cuatro hombres y mujeres que sobrepasan los sesenta y cinco. Casi peor aún: impulsados por el humano deseo de una vida satisfactoria, los cercadenses abandonan el pueblo desde que les es posible, y la población, en lugar de crecer, decrece.

1 DAVIS, Martha Ellen (2010). "La religiosidad popular en el Suroeste, Samaná y Bayaguana", en *Religiosidad popular dominicana*. Banco Popular, Editora Amigo del Hogar, Santo Domingo, DN.

Sin embargo, la imaginación poética llama al municipio «Edén del Sur», quizá porque la belleza del paisaje intenta compensar la fealdad de la pobreza que se materializa en la falta de oportunidades laborales, educativas y culturales. Quizá porque en esa comunidad humana, donde solo un porcentaje mínimo de la población accede a los progresos de un siglo XXI que ya ha recorrido la quinta parte de su camino, la violencia social es casi inexistente. Quizá porque todos se conocen o guardan algún lazo de parentesco.

Capítulo II:

La forja de una vida

En el diplomado
participaron
empresarios,
sindicalistas y
representantes del
gobierno.
Hoy/Napoleón Marte



PUCMM clausura el primer curso diplomado en relaciones laborales

Clausura del primer curso diplomado sobre Relaciones Laborales, de la Organización Internacional del trabajo (OIT)



Recibimiento del certificado del curso de Teoría Política de La Federación Estadounidense del Trabajo y Congreso de Organizaciones Industriales (AFL-CIO) por sus siglas en inglés

II. La forja de una vida

—No negaré que mi infancia fue muy mala, que estuvo afectada por los niveles de pobreza que se viven en el Sur profundo. Mi mamá lavaba y planchaba para otros, además de hacer los quehaceres domésticos, y mi papá era agricultor, aunque alcanzó para que los hijos y las hijas fuéramos a la escuela, si bien a eso de las dos de la tarde había que ir a recoger arroz, habichuela y víveres para hacer la comida, que era al mismo tiempo la cena.

Antes de emprender el camino a la escuela, con el día apenas despuntando, la niña Daysi debía recorrer junto a sus hermanos el trayecto que conducía al río para buscar el agua que no tenían en la vivienda. Era también el momento del baño diario que no les permitía la precariedad hogareña. Con las latas de agua bamboleando en la cabeza, ella regresaba a la casa para tomar café o té, único «alimento» disponible en el hogar a esas horas. En el bolsillo de la blusa del uniforme escolar lleva un centavo con el que comprará algo para comer durante el recreo. Un centavo, no más, casi un lujo que los escolares de estos tiempos no son capaces de imaginar. Por lo general, al regreso a mediodía Daysi encontrará un plátano y un huevo hervidos para comer antes de que, cuatro o cinco horas después, los productos recogidos en el conuco paterno se convirtieran en esa comida

que hibridaba almuerzo y cena. Pero no se queja en retrospectiva, sino que agradece la suerte de haber podido tener qué llevarse a la boca, aunque no fueran manjares. Otros no podían ni eso.

No hay manera de idealizar esa etapa de su vida, aun en el improbable caso de que ella cayera en la tentación de hacerlo. Ha sido siempre demasiado racional, demasiado afincada en la tierra como para permitirse edulcorar su pasado. Sobre todo, porque piensa que fueron esas penurias las que nutrieron su voluntad de una vida que no se pareciera a la que auguraban sus circunstancias y la impulsaron a forjarse un futuro en el que la pobreza sería acicate y no obstáculo; no porque creyera en la teoría del self made men, tan tramposa y acomodada al pensamiento neoliberal y al individualismo ambiente, sino porque estaba dispuesta a echar la pelea contra las limitaciones que, por ser mujer y pobre, le tenían reservadas la organización de la sociedad y el modelo económico.

Pese a esos orígenes y las carencias no superadas, su adolescencia tendría otros matices. El mayor conocimiento adquirido gracias a los estudios modelará poco a poco una manera de interpretar el mundo que prefigura su activismo social y sindical. Los dos últimos años del bachillerato no los cursará en su pueblo, sino en el Liceo Diversificado Pedro Henríquez Ureña, en San Juan de la Maguana, municipio cabecera de la provincia. Eran otros aires, aunque todavía insuficientes.

UNA MUJER IRREVERENTE

Me fascina estar en la calle, andar con una bandera, protestar. Esa es mi vida. En mi pueblo yo era una lideresa, quizá porque fui una de las primeras enfermeras de El Cercado. Además, yo era un amor. Los sábados me metía en los juegos de pelota y de softbol de los hombres. En mi pueblo me querían mucho, no me puedo quejar.

II. La forja de una vida

Es la influencia de esos nuevos ambientes la que la lleva a desarrollar su afición «a la calle» y a deportes como el béisbol y el softbol, que practica sin rubor en el estadio público. «Estar donde estaban los hombres», en definitiva, porque en ellos encontraba un apoyo que no le brindaban las amigas de esa época, tan resignadas a ceñir sus vidas y deseos al qué dirán pueblerino, inclemente con la menor pifia de las mujeres. Nunca temió que sus amigos abusaran de ella porque, «en esos tiempos, eso no se usaba». Aconsejada por su madre, aprendió también la discreción que la salvara del chismorro.

Cursaba el cuarto año de bachillerato cuando su tío Nicolás Montero Montás, entonces síndico de El Cercado (1966-1970), le propuso nombrarla enfermera. La razón de la oferta era simple: él quería que en la familia alguna de las mujeres se dedicara a la enfermería, que consideraba una ocupación prestigiosa y respetable, y encontraba en ella las condiciones necesarias para ejercerla. No saber absolutamente nada del oficio no le impidió aceptar el nombramiento como auxiliar de enfermería. El salario valía el reto: tenía apenas 20 años y noventa pesos al mes representaban un ingreso impensable en El Cercado de 1971 y en el país mismo.

Devengar este salario fue una oportunidad de aportar a los gastos familiares y ampliar la oportunidad de que todos disfrutaran de bienes que hasta entonces les era difícil adquirir, cuando no eran sencillamente inaccesibles. Y para mejorar la ingesta de alimentos: no tendrían necesidad de ir al campo a procurar los productos que consumían en la mesa. Saber que era artífice de este cambio le producía una profunda satisfacción. Un legítimo orgullo que inflaba su autoestima porque, en definitiva, su situación era excepcional entre las mujeres jóvenes de su época.

Aunque su nombramiento sin estar titulada puede estimarse una canonjía, no lo fue de ninguna manera. El doctor Alejandro Suero, director del hospital a la que fue destinada, se mostró abierto y colaborador con esa jovencita que le había llegado por obra y gracia de la sindicatura cercadense, pero dueña de unos bríos y unas ganas de aprender encomiables. Como condición le propuso formarse para desempeñar el puesto en el que había

sido nombrada, para hacer lo cual se trasladó a San Juan de la Maguana. Y fue así como Daysi comenzó a instruirse en el oficio que le cambiaría la vida para siempre. En San Juan aprendió a poner inyecciones, a hacer curas, a prestar los primeros auxilios, lo básico, y al mismo tiempo puso el pie en el primer peldaño del oficio que ha ocupado por entero su vida personal y social. Al parecer las pitonisas sureñas tenían razón, y la muchachita había nacido «para algo».

El privilegio de tener un trabajo bien pagado no la desvinculó de su realidad. Durante los tres meses de su entrenamiento en la práctica de esas nociones básicas en las que toda enfermera debe ser diestra, vivió en casa de una tía paterna que sacaba su sustento de vender plátanos en el mercado de la ciudad. En países como la República Dominicana, la marginalidad es un círculo vicioso.

Agotado el período de entrenamiento, Daysi recalará en la capital para formalizar sus estudios. Ingresará con ese propósito en la escuela de enfermería que, bajo la dependencia de la entonces Secretaría de Estado de Salud Pública, funcionaba en el Hospital Dr. Francisco E. Moscoso Puello, llamado así para honrar la memoria de un hombre que fue no solo médico, sino también novelista, cirujano y maestro. Pasará el año que cubría el programa de estudios viviendo esta vez en la casa de una tía materna. Sus fabulosos noventa pesos de salario le servían ya no solo para cubrir las necesidades insatisfechas de la familia que seguía residiendo en El Cercado, sino también las suyas, que incluían los traslados a las prácticas y los gastos en que incurre todo ser humano para sobrevivir, en su caso con la mayor de las modestias. Transcurrió un año antes de su regreso al pueblo que la vio nacer. Llevaba en las manos el título que la acreditaba como enfermera. Un orgullo, sin duda alguna. Y un futuro que, en ese momento, ella estaba lejos de vislumbrar.

Lo que sí podía más que imaginar, actuar, era el momento de la vida que ahora le tocaba. La independencia económica la había hecho romper algunas amarras, como aquellas con las que su padre quería sujetarla. Comenzó entonces su «vida traviesa», una manera de llamar a ese estado de

II. La forja de una vida

conciencia sobre ella misma que pasaba necesariamente por no satisfacer la exigencia paterna de entregar íntegro el salario que ganaba por su trabajo y porque había tenido la determinación de sacrificar horas y ocio a los estudios.

«Me negué —evoca Daysi—. Me dije que ese dinero era mío y haría con él lo que me viniera en ganas. Que contribuiría con la familia dándole cincuenta pesos todos los meses, pero guardaría para mí los otros cuarenta».

El ejercicio de la enfermería también la hizo ganar otros espacios. Ahora no era la muchacha constreñida por el entorno social a cuidar su reputación más que su vida. Se volvió capaz de muchas cosas, como la de marcharse a municipios aledaños montada en la cola de un motor para atender a enfermos que no podían trasladarse a El Cercado y, casi en un contrastante ejemplo, continuar jugar partidos con niños de su edad. Acompañada de un novio al que solo identifica como «el turco», el cine se reveló también como un lugar donde podía escapar de la estrechez de la sociedad provincial y, con alguna frecuencia, comenzó a frecuentar la única sala que entonces existía en San Juan de la Maguana, el Cine Teatro Antonieta, abierto en la década de los años cincuenta por Pedro Heyaime, una construcción de modernidad inusitada para la época en esta provincia sureña caracterizada por la pobreza, como lo reseña Arnulfo Mateo Pérez en un artículo periodístico. El mármol negro de su entrada, la alfombra de su lobby, sus grandes espejos y los exhibidores que anunciaban los filmes que se proyectarían en los días siguientes, las luces de su fachada al mejor estilo Broadway, eran la antesala a un espacio en el que, reclinada en cómodas butacas forradas con una imitación de terciopelo rojo chino, la joven enfermera sentía acumularse en su espíritu sensaciones a veces encontradas y lo más importante para ella y su destino: imágenes que la llevaban a concluir que la vida podía ser de otra manera.

Mas no todo era diversión y trabajo. En aquella época de turbulencias políticas en los cuatro confines de la media isla, Daysi no permaneció indiferente. Su espíritu rebelde la llevó a realizar pequeñas tareas clandestinas, como la pega de afiches que servían para reivindicar necesidades de la

población o denunciar inconductas de funcionarios que la perjudicaban. «Mi papá era reformista activo, igual que mi tío, por el cual me hice enfermera y conseguí mi primer empleo, pero yo conocía lo que estaba pasando. Así que me levantaba de madrugada a pegar mis letreros, sin que ellos se enteraran de que participaba en esa acción», recuerda Daysi. Hasta que un día se dio de frente con un hermano miembro de la Policía cuando estaba en la tarea de empapelar el parque del municipio. La amenaza de apresarla fue tan rápida como su respuesta: «Si quieres, me llevas. Esto es parte de mi vida y no lo voy a dejar».

Cuando reconstruye esos años de su biografía, también revive su inclinación al riesgo: «Las cosas imposibles siempre me han gustado. En todas las reuniones levantaba la mano, hablaba, me quejaba. Aun antes, cuando estudiaba en San Juan de la Maguana, participé siempre, en ocasiones como cabeza, en luchas y manifestaciones». En su memoria reaparece la protesta para exigir que les restituyeran la ración de trigo hervido, apenas con un poco de sal y aceite, que les daban a mediodía a los estudiantes que asistían al liceo desde pueblos cercanos que, para la mayoría, era su única comida hasta que retornaran a sus casas. No se lo servían en un plato ni les proveían cubiertos para que pudieran comerlo en condiciones decentes, sino sobre un pedazo de papel que los propios alumnos debían agenciarse. «El hoy expresidente Danilo Medina también comía de ese trigo antes de volver a Arroyo Cano, aunque nunca nos acompañó en las protestas».

En esa época, Daysi y una de sus hermanas vivían en casa de familiares, ella en la de un tío y la hermana en la de una tía, donde sabían que les esperaba comida. Pero como parte del equipo de protesta, y para dar ejemplo temprano de solidaridad con sus iguales y compromiso con las causas que asumía, Daysi no solo reivindicaba la suspensión de la medida, sino que, logrado el objetivo, se sentaba con ellos a comer aquel cereal desprovisto de toda guarnición. Había otro motivo, y no lo oculta: a mediodía sentía hambre y el trigo la saciaba. Ella y su hermana no tenían dinero «para todos los días, a la hora del recreo, salir a comprar nada. Estábamos en el bachillerato, éramos más adultas, no niñas a los que les podías dar cinco o diez centavos. Ninguna de las dos trabajaba, sino que mis padres enviaban a nuestros familiares una mensualidad para que consintieran en tenernos

II. La forja de una vida

en sus casas». El plato que las esperaba sobre la mesa a final de la tarde no era suficiente.

Disfrutaba la vida, pese a todo. Está en su genética. Como lo está también hablar sin rodeos de cuestiones sobre las que, todavía, la sociedad impone un riguroso silencio a las mujeres. Por eso confiesa, sin rubor ninguno, que en su adolescencia era enamoradiza, «un poco traviesa», y negada a que su libertad le fuera coartada en nombre del amor, como le ocurrió con aquel primer novio «turco» al que desterró de su vida sin pensárselo dos veces.

«Era mi primer novio y yo tenía poca experiencia en el amor. Él “turco” y yo medio desordenada, estábamos juntos en el liceo y cursábamos el mismo año —recuerda con una sonrisa en los labios—. Su hermano era profesor de Biología. Y como me acercaba más a los hombres que a las mujeres, pasaba tiempo con él y nos enamoramos. Yo había comenzado a trabajar y él comenzó a celarme, al punto de que me acompañaba por la mañana a mi trabajo; cuando regresaba, quería que pasara por su casa para informarle de mi llegada. Si me montaba en un motor iba siempre delante de mí y hasta llegó a desmayarse pensando en que me pudiera pasar algo. Reaccionaba igual cuando yo, que era aficionada a montar caballo, aprovechaba que los amigos de mi papá dejaban los suyos en el patio para montarlos y recorrer el pueblo».

Las salidas con «el turco» se limitaban al cine. Ninguna otra distracción compartida. En los oídos de Daysi resonaba insistente la advertencia de la hermana sobre la perspectiva de esclavizarse. «Tú de lo único que vas a saber hablar es de cine», le decía en tono de afectuoso reproche. Y Daysi se persuadió de que su hermana tenía razón: a la salida del cine, cuando el novio la dejaba en la casa, ella esperaba un tiempo prudente... y se iba a bailar. Garantía de que él no se enteraría de sus escapadas era el relativo aislamiento en que lo mantenía su cultura familiar, o por lo menos eso pensaba. Lo que tampoco podía sospechar este apasionado cinéfilo es que terminaría convirtiéndose en el MacGuffin de la trama de la vida de Daysi. La excusa argumental que le permitirá avanzar en el libreto que había escrito para ella misma.

Las escapadas de Daysi a la diversión clandestina de la noche no solo tenían a «el turco» como víctima inocente. Estaba también su propia familia. Una noche, apercebida de que ella no estaba en la casa, la madre salió a buscarla por varios lugares, incluido el bar del pueblo. Los padres no permitían entonces que la prole pasara más allá de las diez de la noche fuera del nido, mucho menos las muchachas. Ocurrió que, imposibilitada de orientarse en aquella oscuridad de boca de lobo, la mamá llegó a ponerle la mano en el hombro y a preguntarle si ella y su hermana estaban en el lugar. Cómplices, las hermanas, que conocían otras salidas del local y otros atajos, se adelantaban a su madre en llegar a la casa y, metidas en la cama simulando dormir, burlaban el encono materno. Pero cometía también otras «travesuras», como dejar alguna prenda en garantía cuando no tenía dinero para pagar el consumo de las bebidas. Ya la recuperaría cuando cobrara el salario de enfermera.

Así fue transcurriendo la juventud de Daysi, hija de un matrimonio que procreó ocho hembras y dos varones, porque entonces las mujeres no hacían casi ninguna otra cosa que no fuera parir a hombres para los cuales la masculinidad se afirmaba con la preñez de la compañera. Algunos años después, la tuberculosis, posiblemente producto de las malas condiciones en que realizaba el trabajo agrícola, cambió el curso de la vida de Plinio Montero, el padre. Cuando se recuperó de la enfermedad, abandonó el campo por la capital. Tenía 72 años cuando también abandonó a Minerva, alzó el vuelo, formó nuevo nido y la lista de hermanos creció.

La década de los años setenta del pasado siglo fue escenario de la reorganización de las fuerzas sociales a las que la represión en el primer período del «gobierno de los doce años» (1966-1970) había desarticulado. Es en este contexto en el que Daysi renuncia al puesto de enfermera en el hospital sanjuanero, cuyos superiores se negaron a concederle el traslado a la capital, donde quería continuar la carrera de Psicología que había iniciado en la extensión de la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña que funcionó desde los años setenta hasta 1995 en la provincia. No lo logró por falta de recursos. Mientras cursó la carrera en San Juan de la Maguana, contó con el patrocinio de una acomodada familia sanjuanera. Roto el vínculo

II. La forja de una vida

territorial, la colaboración cesó. Unos años después reintentará continuar la carrera en la Universidad Eugenio María de Hostos (Uniremhos), pero otra vez sin resultados positivos a causa de su precariedad económica. En esta ocasión tenía razones de mayor peso: debido a una incompatibilidad ABO (incompatibilidad sanguínea entre la madre y el feto), su último hijo nació con una discapacidad. La vocación mutó en necesidad: quería adquirir los conocimientos que le permitieran el manejo adecuado de la condición de su criatura, sobre todo porque siendo sindicalista y trabajadora no podía dedicarse enteramente a él. Calidad contra tiempo fue su premisa.

ESTUDIAR PSICOLOGÍA PARA ATENDER A SU HIJO

Quiso estudiar Psicología porque su último hijo nació con una discapacidad, y ella quería adquirir los conocimientos que le permitieran el manejo adecuado de la condición de su criatura, sobre todo porque al ser sindicalista y trabajadora no podía dedicarse enteramente a él.

Corría el año 1974, estaba embarazada de su primer hijo y en la capital, donde llegó a jugarse el todo por el todo, no la esperaba la enfermería, a la que había renunciado, sino la venta de enciclopedias casa por casa. Junto a un amigo llamado Leonel Almonte, recorría cada día un barrio distinto con el propósito de convencer al padre o a la madre de la casa visitada de comprar lo que, para entonces, era la máxima y más sistematizada fuente del conocimiento universal. Internet y sus buscadores tardarían muchos años en aparecer en el panorama tecnológico y social dominicano con la misión de desterrar las enciclopedias de las visibles estanterías donde, reinas solitarias, eran más un sello de pretendido estatus que materia de consulta.

Un día se aventuró en un consultorio instalado en Los Mina y tuvo suerte. El médico que la recibió le compró la enciclopedia, y asombrado

por el arrojo y capacidad de persuasión, le preguntó qué otra cosa sabía hacer además del oficio al que ahora estaba dedicada. «Soy auxiliar de Enfermería», respondió, y en ese mismo instante volvió a cambiar su destino: el médico al que había convencido de comprar la enciclopedia, de apellido Taveras, era el director del Hospital Materno Infantil San Lorenzo de los Mina, quien se ofreció a gestionarle un empleo. No perdió tiempo en entregarle a su bienhechor cuanto papel requería para demostrar sus capacidades en el oficio y obtener el puesto, como sucedió apenas dos semanas después de aquel encuentro.

Eliezer, el segundo de sus hijos, vendría al mundo en 1976, y ella entraría ese mismo año al sindicalismo, en el que permanece desde entonces.

Capítulo III:

*El sindicalismo como
pasión*



Estudio de Teoría Política en Washington D. C.



Almuerzo con compañeras y compañeros sindicales de diferentes países, durante el congreso de los trabajadores de Universidad de México

III. El sindicalismo como pasión

Daysi Montero de Oleo nunca se vio a sí misma sujeta a los azares del destino. Ya en tiempos de su infancia y adolescencia, signadas por una rebeldía que encontró siempre maneras de expresarse, germinó en ella el deseo de abandonar El Cercado en busca de nuevos rumbos. Quizá entonces no tenía claridad sobre qué quería ser en el porvenir, pero algo la impulsaba a pensarse fuera de los límites geográficos, sociales y mentales de ese pueblo dejado de la mano de Dios. Su imaginario convirtió a la capital en la tierra prometida donde, a fuerza de voluntad, alcanzaría el don de vivir otra vida.

Con 25 años y ya madre de dos niños, el salario de doscientos pesos que devengaba como enfermera estaba lejos de satisfacer sus necesidades básicas. Era un salario injusto para un trabajo muy duro, no solo por las agotadoras jornadas y las precarias condiciones laborales, sino por las humillaciones a las que con frecuencia se veía sometida, lo mismo que sus compañeras, por una jefa que confundía la autoridad con la soberbia desbordada.

Ella, que «quería ser algo más», que no se resignaba «a sobrevivir con un salario de doscientos pesos», que no obstante tener la responsabilidad de trabajar en la sala de partos, llena siempre de imponderables, no entreveía mejoría alguna en su condición, miró hacia la Unión Nacional de Servicios de Enfermería (UNASE), el primer sindicato que agrupó a las enfermeras auxiliares en 1969 con Juana Paredes como secretaria general. Los prolongados conflictos internos que dividieron a la organización fueron

llevados a los tribunales, donde la posesión del nombre nunca fue atribuida. Uno de los grupos en disputa decidió en 1992 continuar adelante y fundar una nueva organización denominada Unión Nacional de Servicios de Enfermería Dominicana (UNASED), zanjando así un impasse que parecía interminable.

Cuando Daysi resuelve pasar a la militancia, la UNASE todavía indivisa estaba dirigida por Amarilis Danae García. No fue mero entusiasmo, sino rebelión contra los malos tratos y las sanciones injustificadas. «Me dije: si yo vine de El Cercado para la capital, aquí debo tener mejor forma de vida». De ahí a la alianza con otras compañeras de trabajo, que la veían protestar en el comedor por la mala calidad de la comida, no hubo más que un paso. Al poco tiempo, era delegada de la Maternidad de Los Mina ante el máximo organismo de la UNASE, afiliada desde entonces a la Confederación Nacional de Trabajadores Dominicano (CNTD), organización con estrechos vínculos con la Organización Regional Interamericana de Trabajadores (ORIT), afiliada a su vez a la entonces potente Confederación Internacional de Organizaciones Sindicales Libres (CIOSL), disuelta en el 2006 para dar paso a la Confederación Sindical Internacional (CSI).

Su ingreso al sindicalismo se produjo en un momento en que las fuerzas populares mantenían en jaque al gobierno autoritario de Joaquín Balaguer. Las luchas por las libertades políticas, contra la represión de los opositores y las reivindicaciones sociales y económicas, marcaban el compás de la vida dominicana. El triunfo del Partido Revolucionario Dominicano en las elecciones de 1978, que desplaza a Balaguer del poder, aumentará el ímpetu de los movimientos sociales y el crecimiento en número de sus organizaciones.

En las nuevas condiciones políticas, y aunque dividido, el movimiento sindical dio un significativo salto cualitativo y cuantitativo. Entre 1978 y 1982, período para el cual el perredeísta Antonio Guzmán fue electo presidente, se registraron en la entonces Secretaría de Trabajo 956 sindicatos, de los

III. El sindicalismo como pasión

cuales el treinta por ciento se fundó en ese lapso². En el mismo período se restituyó a más de 300 sindicatos el registro del que habían sido despojados en 1973 como reacción del gobierno al clima de agitación ciudadana. Entre los registros restituidos estuvo el icónico Sindicato Unido del Central Romana. En 1978, el oficialismo funda la Unión General de Trabajadores Dominicanos (UGTD) que, tres años más tarde, agrupaba el 45% de los trabajadores organizados, provenientes en su mayoría de las empresas estatales³.

La calidad del activismo de Daysi fue rápidamente evidente para sus compañeras, que la escogieron secretaria de Organización del sindicato. Desde esa posición trazará un claro programa reivindicativo para un sector fundamental en la atención sanitaria de calidad a la población. Todavía en el reducido espacio sindical del hospital, alentó una exitosa protesta contra una colega samanesa, jefa de Enfermería, cuya conducta abusiva dañaba indiscriminadamente al personal. Las quejas elevadas a las autoridades de la entonces Secretaría de Salud Pública no surtieron efecto, pero sí lo hicieron los volantes reclamando su renuncia que, noche tras noche, inundaban todas las áreas del hospital. La dimisión de la repudiada apuntaló el liderazgo de Daysi, convertida en portavoz de sus colegas ante la dirección del centro.

El tiempo no hizo sino confirmar las capacidades dirigenciales de Daysi, las que le valieron pasar a formar parte de organismos internacionales en representación de la CNTD, donde también ocupaba cargos relevantes, y de entidades nacionales, como el Instituto Nacional de Formación Técnico Profesional (INFOTEP) a cuya Junta de Directores ingresó en 1992, permaneciendo en el organismo durante diez años en representación del sector sindical, y del Consejo de la Seguridad Social en el período 2002-2006, integrando el primer grupo de consejeros nombrados por decreto del presidente Hipólito Mejía, cuando fue promulgada la Ley 187-01 que crea el Sistema Dominicano de Seguridad Social. En el ámbito internacional será electa por un cuatrienio presidenta del Comité Continental de la Mujer Trabajadora, lo que la llevará a recorrer los caminos de América hablando

² ESPINAL, Rosario. La sociedad civil movilizada y las reformas democráticas en la República Dominicana. Espiral, vol. VII, núm. 21, mayo-agosto, 2001, pp. 101-132 Universidad de Guadalajara, Guadalajara, México.

³ Ibidem.

en favor de las asalariadas, reivindicando su derecho a un trato igual al que reciben sus pares varones y visibilizando las peores condiciones laborales derivadas de la condición de mujer.

Paradójicamente, después de casi cuarenta años de ejercicio de la enfermería y de activismo sindical, Daysi recibirá en el 2006, sin haberla solicitado, una pensión especial que rechazará porque, sintiéndose todavía plena de energía, se resiste a acomodarse a una suma que no le permitía garantizar un mínimo de dignidad social a sus hijos y a su hija. Persia Álvarez, entonces superintendente de Pensiones, le ofrecerá ser su asesora laboral, lo que acepta, poniendo fin a su relación contractual con la enfermería.

Hay que dar marcha atrás en esta sucesión de eventos de la vida de Daysi Montero de Oleo que en ocasiones se entrecruzan o superponen. El activismo sindical y el empleo no fueron nunca excusa para abandonar el propósito de lograr los máximos niveles académicos que le permitieran no tanto sus posibilidades económicas, como su voluntad. Miembra de la junta de directores del INFOTEP, jamás desperdició oportunidad ninguna de participar en las acciones formativas realizadas por la entidad. Todo lo que pudiera aumentar su acervo o abrirle nuevas vías fue inscrito en su agenda con la obligación de estricto cumplimiento. En una ocasión en que tomaba un curso sobre formadores de docentes, una profesora de la Universidad Tecnológica de Santiago la estimuló a estudiar Derecho en esa academia. Propuesto y hecho. Durante la semana laboral asistía dos días al aula, lo que repetía los fines de semana. Terminó graduándose con honores. Ya con el título en la mano, la Organización Mundial del Trabajo (OIT) financiará su especialización en Derecho Laboral en la Pontificia Universidad Católica Madre y Maestra (PUCMM), diplomado en el que participaron igualmente representantes de los sectores gubernamental y empresarial.

Pero antes de que el Derecho se interpusiera en el camino, soñó con ser diplomática. Cerraba los ojos y se veía ejerciendo la representación de la República Dominicana en foros internacionales. A los pocos años de estar afincada en la capital, presentó examen de admisión en la Universidad

III. El sindicalismo como pasión

Católica de Santo Domingo para titularse en Diplomacia. Las circunstancias la harán cambiar la busca del plácet por la posibilidad de la toga, aunque el sueño sigue flotando en sus aspiraciones vitales.

No es que sienta placer en acumular títulos que, esmeradamente enmarcados, deslumbren a terceros con el imaginario brillo académico que desprenden. Lo suyo es formarse, casi compulsivamente, porque para ella la adquisición de conocimientos ha sido su triunfo sobre su destino en una sociedad que discrimina desde antes de nacer. Así que no sorprende que al currículo agregue una maestría en la modalidad virtual-presencial con la madrileña Universidad de Alcalá y, posteriormente, otra en Sistemas de Pensiones en el Centro Internacional de Formación de la OIT, en Turín, Italia. Cumplidos los setenta años, la adrenalina no baja: en el 2020, en medio del encierro a que obligó la pandemia de la covid-19, realizó un curso en Hacienda Pública. Por qué insiste en estudiar a estas alturas de su vida, cuando ya es más pasado que futuro, remite nuevamente a una razón que, siendo ella quien es, quizá pocos entiendan: quiere dejar a sus hijos, a su hija y a sus nietos y nietas el estímulo que los motive a no rendirse nunca, a ver en ella el ejemplo de alguien que, aún con fuerzas pese a lo mucho trabajado, ambiciona entender mejor el mundo en que vive por medio del conocimiento.

Quizá pensando en sus nietos y nietas, nativos digitales de este mundo en que todo pasa por la tecnología, Daysi está convencida de que quien maneja las TIC tiene el mundo más al alcance de la mano. Lo sabe por experiencia: porque ha continuado formándose y desafiando los retos del conocimiento, hoy puede seguir siendo miembro del Consejo Ejecutivo de la Confederación Sindical Internacional, con sede en Bruselas, y de la Confederación Sindical de Trabajadores y Trabajadoras de las Américas (CSA), del Comité Intersindical de la Mujer Trabajadora (CIMTRA), y secretaria de Internacionales de la CNTD, organización a la que ha estado vinculada desde sus inicios en el sindicalismo.

Desde CIMTRA, un espacio de coordinación de las mujeres trabajadoras

y sindicalistas de las tres centrales sindicales dominicanas, impulsa junto a otras compañeras las reivindicaciones de género en el ámbito laboral, entre ellas la aplicación del Convenio 189 sobre el trabajo doméstico, ya ratificado por el país, y del Convenio 190 sobre la violencia y el acoso laborales, a la espera de ratificación, y el replanteamiento social y económico de los servicios de cuidado que las mujeres ofrecen en el seno del hogar sin que se les remunere o reconozca como trabajo.

Entre los muchos problemas con los que brega desde su posición en CNTD y en CIMTRA, ubica el acoso laboral entre los principales. Las estadísticas le dan la razón. Una reciente encuesta experimental arroja que el 21.3 % de las trabajadoras sufre «violencia, acoso y condiciones inhumanas en su entorno laboral». Una situación conocida por las autoridades, pese a lo cual hasta 2021 se mantienen remisas a asumir como país la responsabilidad de reconocer esta conducta como un delito punible. Aunque el número de denuncias ha ido creciendo, todavía predomina el temor a perder el empleo.

En el casi medio siglo de sindicalismo activo, ha atravesado por ocasionales turbulencias, hijas de intereses extrasindicales que, sin embargo, no han puesto en riesgo su compromiso: «He visto de todo, pero me digo que la vida sin tensiones no es vida; son ellas las que permiten que te pares y digas “hasta aquí llegué, no voy a seguir en esto” o te convenzas de que tu responsabilidad es seguir adelante. Pensar así me permitió superar adversidades y diferencias con compañeras y compañeros».

Pese a su preparación y liderazgo innato, que la han llevado a ocupar posiciones relevantes en la CNTD, no ha estado nunca cerca de ocupar la secretaría general o la presidencia del gremio. En el sindicalismo, como en todos los espacios organizativos dominicanos, a la mujer se le asignaban casi invariablemente las posiciones que los hombres desdeñaban por irrelevantes: las secretarías de acta o eventos sociales. A ella la secretaría de Educación le tocó por una condición incontestable: su experiencia en metodología de formación sindical, obtenida en la especialización sobre preparación de materiales didácticos y elaboración de informes técnico-financieros

III. El sindicalismo como pasión

que cursara en Dinamarca. Y no porque reduzca voluntariamente sus expectativas, Daysi tampoco aspiró a esos máximos y competidos cargos. Por el contrario, entendió que la educación era una notable vía para hacer prevalecer sus ideas en las bases sindicales y la convirtió en un espacio de poder. No está desencaminada cuando razona que en la medida en que se protagonizan los procesos educativos, mayor es el número de personas dispuestas a seguir a quien transmite el conocimiento. Además, teniendo posiciones en organismos internacionales, carecía de todo interés agotar energías procurando ascender en la escala dirigenzial local.

Otras podían pensar distinto y aspirar a la presidencia o secretaría general de sus respectivas centrales, pero sobran dedos de la mano cuando se cuentan las que lo han logrado. En la cortísima lista se inscriben Nélsida Marmolejos, quien llegó a la Secretaría General de la Central de Trabajadores Mayoritaria (CTM), surgida de la división a finales de 1983 de la Central General de Trabajadores, de la cual había sido una de las principales dirigentes, y Eulogia Familia, quien en 1996 pasa a presidir la Central de Trabajadores Unitaria (CTU), de la que fue fundadora, y a ocupar la vicepresidencia de la Confederación Nacional de Unidad Sindical (CNUS). Maritza Chireno, que en el país militó de manera destacada en la Confederación Autónoma Sindical Clasista (CASC), debió esperar la oportunidad que le ofrecieron los trabajadores de Venezuela, país al que emigró, para convertirse en la secretaria general de la Central General de Trabajadores (CGT) y en la presidenta de la Federación de Trabajadores Latinoamericanos del Comercio, Oficinas y Empresas Privadas de Servicios (FETRALCOS), con sede en Caracas. Otras mujeres, como Isabel Tejada, Minerva Magdaleno (fallecida), Altagracia Jiménez y la propia Daysi, testimonian a la vez las capacidades de trabajo de la mujer sindicalista y las dificultades para romper el techo de cristal en las principales organizaciones de trabajadores.

Quizá a esta masculinización de las dirigencias sindicales dominicanas le vaya quedando poco espacio, sino por decisión propia de cambiar una cultura que hace aguas en la medida en que transcurre el tiempo, si por la exigencia de las organizaciones internacionales a las que se afilian, cada día

más intransigentes con la discriminación de género. Daysi lo constata en los requisitos que estas entidades ponen a la participación en los eventos que organizan. Para no dejar lugar a equivocaciones, la cantidad de invitaciones se distribuye de manera paritaria entre hombres y mujeres. Pero, además, las dirigentes sindicales han logrado una suerte de complicidad con estas organizaciones para que el derecho femenino de participación y representación no sea escamoteado: copia de las invitaciones son recibidas por CIMTRA que, con la documentación en mano, exige el cumplimiento de la cuota.

Alcanzar una relativa e inestable mejoría en las relaciones entre hombres y mujeres sindicalistas ha supuesto una constante brega para ellas, aunque esto acontece en todos los demás ámbitos sociales. El día de la entrevista para este texto, Daysi había participado en el acto en el que el presidente Luis Abinader presentó a trabajadores y empleadores su propuesta de pacto social. En la mesa de honor, una sola mujer: Emma Polanco, rectora de la Universidad Autónoma de Santo Domingo (UASD), en cuyo recinto se desarrolló el evento. De Polanco no haber sido anfitriona, la mesa hubiera estado conformada por «puros machos». «Los espacios tripartitos tienen esa dolencia: el tema de género no es cosa que preocupe a mucha gente, aunque pienso que las mujeres podemos lograrlo».

LUCHA CONTRA LA CORRUPCIÓN

Se pide que se castigue a los corruptos, que se les confisquen los bienes, pero yo me pregunto: ¿a dónde irían a parar esos bienes?, ¿cómo garantizamos la transparencia en su uso?, ¿en cuál obra social se invertiría ese dinero recuperado? Estas son cosas que me dejan un poco preocupada.

Su paso por la política partidista fue fugaz, aunque intenso. Desde las filas del Partido Revolucionario Dominicano se entregó a la militancia, primero discreta, porque su actividad sindical le ponía trabas, y luego más abierta. En su casa del barrio Los Mina se instaló el comité Ñ-49. Pese a que

III. El sindicalismo como pasión

su parentela paterna estaba adscrita al Partido Reformista, entendía que no era este la mejor opción para quienes deseaban trabajar por el bien del país. Mas su decisión no agrió las relaciones familiares. Nuevamente, ella ejerció su libertad de pensar con cabeza propia. El vínculo con el PRD terminaría diluyéndose en favor de la dedicación exclusiva al sindicalismo.

Cuando echa una mirada retrospectiva a su vida, Daysi encuentra más motivos de satisfacción que de amargura, aunque esta no haya faltado tanto en el espacio privado como en el social. Entre sus mayores decepciones con el movimiento sindical es que muchas cosas importantes no reciben la atención debida: «Me decepciona ver que la lucha que nos corresponde es librada por otros, por gente que nada tiene que ver con nosotros, por ejemplo, la Marcha Verde o los colectivos de lucha popular que se organizan y realizan actividades por el respeto de los derechos de los trabajadores». La decepciona también la división del movimiento sindical: tres centrales sindicales que deberían ser una sola, sobre todo por el bajo nivel de sindicalización que caracteriza al país. Piensa que la mesa de trabajo conformada para el consenso no es suficiente.

El fiel de la balanza se inclina a favor de la satisfacción cuando repasa, a vuelo de pájaro, lo acumulado hasta ahora. Sus hijos Julio y Eliezer D'Oleo Montero y Miguel y Aranalays Ramírez Montero, en primer lugar, porque pudo labrarles una mejor calidad de vida que la que ella tuvo siempre. Después, gozar del privilegio de un trabajo digno cuando ya roza las siete décadas y sentirse apta para continuar defendiendo a las trabajadoras y los trabajadores dominicanos en cualquier circunstancia y ámbito. Englobándolo todo está su terca aspiración a que el país cambie algún día y , para hacerlo, se enfoque «en los niveles de pobreza, no disfrazados, como acostumbran a presentarlos las instituciones». Su brega como sindicalista la ha vuelto escéptica frente a las cifras oficiales, que no toman en cuenta el crecimiento de la informalidad subyacente, y la pareja exclusión de la seguridad social que provoca esta condición. A esa legión se unen las trabajadoras y los trabajadores migrantes y las trabajadoras domésticas, pintando un cuadro que reclama no continuar pasando inadvertido a los ojos de quienes tienen el poder de decisión y de la sociedad misma.

Daysi Montero de Oleo



Con Mayra Jiménez, en un viaje a Guatemala para asistir a un taller de trabajadores de Zonas Francas



Máster en Dirección y Gestión de los Sistema de Seguridad en la Universidad de Alcalá, Madrid, España en diciembre 2005

Capítulo IV:

*Quienes han marchado
junto a ella, la miran*



Congreso Sindical de Trabajadores de las Américas (CSA), en Sudáfrica



Reconocimiento de la Medalla Duarte, Sánchez y Mella por parte del expresidente Hipólito Mejía

IV. Quienes han marchado junto a ella, la miran

Cerca de medio siglo en la escena social le ha permitido a Daysi Montero de Oleo relacionarse con una cantidad para ella incalculable de personas, en el país y en aquellos lugares extranjeros a los que la llevó su preponderancia sindical. Ha tenido diferencias, pero no antagonismos. En la lista de quienes han estado cerca de su transcurso vital, los hay que han permanecido en sus afectos sin importar las diferencias reivindicativas o programáticas que hayan podido tener o aún mantengan.

Una de estas personas es Eulogia Familia, también ella referencia ineludible en la historia del sindicalismo dominicano. Vicepresidenta del Consejo Nacional de Unidad Sindical (CNUS), ha participado junto a Daysi Montero de Oleo en todos los esfuerzos por construir un sindicalismo vibrante, capaz de vencer las resistencias de un sector empleador que tradicionalmente ha opuesto a los derechos de los trabajadores una cantidad de obstáculos infinitamente mayor que los reconocimientos que, por fuerza de las circunstancias, haya podido conceder jamás.

Tuvieron su primer acercamiento hace alrededor de treinta y ocho años. La inauguración de un proyecto de formación de mujeres lideresas sindicales, auspiciado por la OIT, les dio la oportunidad de iniciar una amistad que perdura hasta estos días. No es que hasta ese momento Daysi le fuera extraña a Familia. La pertenencia al sector sindical les permitía

tener referencias mutuas. Con ocasión del Día Internacional de la Mujer de 1984, las sindicalistas de todas las organizaciones integraron el comité convocante de una marcha, que debía concluir en la plazoleta La Trinitaria, para protestar contra las medidas de austeridad fondomonetaristas cuya aplicación por el gobierno de Salvador Jorge Blanco mes y medio después provocaría la poblada de dos días que dejó decenas de muertos y heridos. En la marcha del 8 de marzo, que se anticipó a la sublevación popular, Familia tomó por primera vez la palabra en público en representación de la Unión General de Trabajadores (UGT), lo que harían también Maritza Chireno por la CASC y Minerva Madgaleno por la CNTD. «Recuerdo que un periódico tituló la noticia sobre el acto “Las mujeres hablaron más”, en clara alusión a que nuestro papel fue el más evidente y destacado, si bien no podía ser de otra forma porque era una marcha de mujeres que, por demás, concluía en un lugar simbólico como es la plazoleta La Trinitaria».

Impulsadas por el proyecto de la OIT en el que participaban, las mujeres sindicalistas pusieron en movimiento un comité de coordinación nacional que, desde el principio, desplegó una intensa actividad nacional e internacional.

EL GÉNERO COMO PREOCUPACIÓN

La carencia de una perspectiva de género era buen caldo de cultivo para la manipulación masculina de las lideresas. Fue gracias al proyecto formativo de la OIT-DANIDA que sería apuntalado por el Centro de Investigación para la Acción Femenina (CIPAF) y por la feminista histórica Magaly Pineda junto a militantes feministas como Mariví Arregui y Clara Báez, cuando pudieron comenzar a pensar y hablar de género, un concepto hasta entonces tabú en las centrales sindicales.

IV. Quienes han marchado junto a ella, la miran

«La verdad es que mi primera impresión de Daysi —dice Familia— fue que era una persona difícil; hoy debo reconocer que en esa época estábamos dominadas por los prejuicios generados por la división sindical, las diferencias políticas, etcétera. Además, éramos azuzadas por los cabezas de las confederaciones a competir entre nosotras. Nos decían: “Si esa queda bien, nuestra central queda mal”, y así empujaban la confrontación entre mujeres».

La carencia de una perspectiva de género era buen caldo de cultivo para la manipulación masculina de las lideresas. Fue gracias al proyecto formativo de la OIT-DANIDA, que sería apuntalado por el Centro de Investigación para la Acción Femenina (CIPAF) y por la feminista histórica Magaly Pineda junto a militantes feministas, como Mariví Arregui y Clara Báez, cuando comenzaron a pensar en y hablar de género, un concepto hasta entonces tabú en las centrales sindicales, aferradas, aunque fueran conservadoras, a la exaltación de la clase obrera como sujeto único de la historia. Hablar de luchas específicas de las mujeres era una «traición» de clase; de ahí que los análisis y reivindicaciones que yapermeaban el tejido social dominicano desde el espacio feminista, no encontraran acogida en el movimiento sindical. Empero, sin respaldo de sus respectivas centrales y sindicatos, las mujeres trabajadoras continuaron acudiendo a los talleres y cursos con enfoque de género de manera individual, dando un primer paso hacia la unidad de las sindicalistas más allá de las estrategias de sus organizaciones.

Del trato facilitado por esta experiencia surgió el compañerismo, pero la más notoria reducción de las diferencias entre las sindicalistas fue fruto de las orientaciones de los espacios sindicales internacionales sobre la necesidad de que los equipos femeninos se nuclearan y del fomento de las relaciones sociales que ampliaron el conocimiento sobre los derechos de las mujeres. Las barreras fueron cediendo poco a poco. Finalizado el proyecto formativo, las sindicalistas se preguntaron qué hacer para consolidar las coincidencias. La respuesta fue la formación del Comité de Mujeres Sindicalistas de Centroamérica y el Caribe, en el que las organizadoras decidieron incluir a las cubanas. En un medio sindical masculinizado hasta el tuétano, no es cosa de extrañar que la organización fundada por las mujeres tuviera que financiarse con recursos propios.

«No teníamos el auspicio de nadie, ni siquiera de la OIT, que solo colaboró esporádicamente —recuerda Familia—. Pero estábamos decididas a sacar adelante nuestra iniciativa y realizamos eventos en Cuba, Nicaragua y aquí en la República Dominicana».

Nuevas divisiones del movimiento sindical frenarían el trabajo unitario que hasta ese momento realizaban las mujeres. Pese a que en el país solo había un 13% de trabajadores sindicalizados, la década de los noventa fue prolífica en siglas que identificaban a los grupos que, cada uno por su lado, se reclamaban representantes genuinos de los trabajadores, llegando a sobrepasar la decena, entre ellas, la Central de Trabajadores Mayoritarios (CTM), la Central de Trabajadores Clasistas (CTC), la Central Unitaria de Trabajadores (CUT) y la Central de Trabajadores Independientes (CTI), a los que se unían los preexistentes CASC, CNTD, UGTD y CGT. «Esas confrontaciones —añade Familia— repercutieron en la organización de las mujeres porque, lógicamente, en la mente de los dirigentes no cabía la idea de que nos siguiéramos juntando unas con las otras sin provocar un problema». El Comité de Mujeres Sindicalistas de Centroamérica y el Caribe pereció en este campo de batalla en el que, paradójicamente, no tenía ni arte ni parte.

Empero, las organizaciones internacionales a las que estaban afiliadas las centrales más antiguas y de mayor arraigo soplaron sobre los rescoldos. La Organización Regional Interamericana de Trabajadores (ORIT) y la Confederación Internacional de Organizaciones Sindicales Libres (CIOSL), habían continuado reforzando los equipos de género en sus centrales miembro. En esas circunstancias comienza el proceso que catapultará a Daysi a la presidencia del Comité de la Mujer Trabajadora de la ORIT, lo que le asegura también un puesto en el órgano ejecutivo de la CIOSL. «Esto le dio a ella la oportunidad de interactuar con las mujeres de la región y con nosotras a nivel nacional —dice Familia—. La frecuente visita al país de dirigentes de la CIOSL y de la ORIT propiciaba de alguna manera la interconexión de la dirigencia de sus dos centrales locales afiliadas, que eran la CTU, a la que yo pertenecía, y la CNTD, a la que pertenecía Daysi».

IV. Quienes han marchado junto a ella, la miran

En el año 1997 el país será sede del congreso de la ORIT, un proceso en el que Familia, para entonces presidenta de la CTU, y Daysi tuvieron que trabajar juntas en el montaje del evento, tarea en la que también participó Isabel Tejeda, de la CGT. Su condición de dirigentes de sus respectivas centrales y la historia común que habían construido en años anteriores fueron limando las aristas de las antiguas diferencias que, de todos modos, no les pertenecían.

Un año después, en 1998, se replantearán su situación de mujeres trabajadoras, caracterizada por la dispersión y la carencia de posiciones concretas respecto a sus derechos y su participación en los espacios sindicales. La idea fue revivir el Comité de Mujeres Trabajadoras, ahora en el escenario nacional. La proclividad del movimiento sindical a dividirse como esporas planteará un nuevo escenario de crisis que ralentizará los esfuerzos de las mujeres para potenciar su línea de trabajo con perspectiva de género. Pero será también ese año cuando numerosas organizaciones internacionales intentarán poner un poco de orden en el conflictivo panorama sindical dominicano.

Como recuerda José Gómez Cerda en un artículo publicado en el periódico Hoy en el 2006, producto de la gestión conciliadora internacional iniciada en el 1996 por el Centro de Solidaridad Sindical de Finlandia (SASK), en junio de 1998 la CASC, CNTD, CTU y CGT acuerdan crear una coordinadora que se concreta cinco meses después con el Consejo Nacional de Unidad Sindical (CNUS), robustecido por el apoyo financiero del Consejo Sindical Danés para la Cooperación Internacional para el Desarrollo (Consejo LO / FTF), la coordinación del Instituto Nacional de Formación Sindical (INFOS) y la cooperación del Centro de Solidaridad de la AFL-CIO de Estados Unidos, la Fundación Friedrich Ebert, de Alemania, y la Confederación Nacional de Trabajadores de Noruega (LO).

Como parte del esquema de trabajo que derivó en la formación del CNUS, se creó un consejo para la perspectiva de género que integró en su máximo organismo a las mujeres responsables del área en las distintas centrales. Daysi estará presente de manera destacada en el impulso que

dieron las mujeres sindicalistas a la aprobación de derechos en beneficio de las trabajadoras. «Estuvimos funcionando, manejándonos y construyendo procesos de participación, de reivindicación, de planteamientos... Marchamos al Congreso para exigir la aprobación del Convenio 183 de protección a la maternidad, que incluye la extensión de catorce semanas a dieciséis la licencia posparto y para que se incluyera también a los hombres en estos beneficios», recuerda Familia.

La armonía entre las centrales durará relativamente poco. Dos de ellas, la CASC y la CNTD abandonarán el CNUS en medio de acusaciones y contraacusaciones entre los hombres que terminarán impactando a las mujeres jerárquicamente subordinadas. Al no haber entendimiento entre las centrales, los acercamientos entre ellas resultaban poco menos que imposibles. Hasta que varios años después, alrededor de 2007, sobreponiéndose a las desgarradoras confrontaciones masculinas prolongadas en el tiempo, las mujeres sindicalistas decidieron reencontrarse. Protagonistas de ese momento fueron Daysi, de la CNTD; Altagracia Jiménez, de la CASC; Isabel Tejada, de la CNUS; Argentina Sosa, de la CNUS, y la propia Familia. Y se plantearon la pregunta obligada sobre hasta dónde estaban resignadas a la inanidad de su quehacer, a la dispersión a la que las arrastraron los conflictos y las divisiones. La autocrítica rindió fruto: el surgimiento del Comité Intersindical de la Mujer Trabajadora (CIMTRA). Los hombres podían seguir en lo suyo, se dijeron, pero ellas sacarían adelante su propio proyecto.

Al final, CIMTRA no ha servido solo a las mujeres. La lección de tolerancia y de unidad de propósito dada por las mujeres, más allá de las eventuales discrepancias, hizo cambiar la mirada sobre el propio quehacer de las dirigencias masculinas, ahora más abiertas a la coordinación política y estratégica.

«Daysi ha jugado un papel muy importante desde entonces en CIMTRA como coordinadora por la CNTD. Hemos tenido la oportunidad de compartir propuestas, de impulsarlas, de asumir en conjunto nuestras preocupaciones y nuestras reflexiones. Nos llamamos, nos consultamos, y

IV. Quienes han marchado junto a ella, la miran

eso ha propiciado que no solo como dirigentes, sino como amigas, hayamos anudados lazos que incluyen a nuestros familiares», afirma Familia. Al final de cuentas, esa persona que en principio no le agradó porque sentía que su carácter era innecesariamente férreo, es hoy una amiga entrañable que ha sabido demostrarle su sensibilidad, su gran capacidad de comprensión y propuesta y su inteligencia.

«No me gusta decir que alguien es inteligente o no —dice— porque no tengo la preparación para hacerlo, pero hablando en el lenguaje llano de los dominicanos, sí afirmo que ella lo es porque es una mujer que crea, que plantea, que sabe debatir. Le puedes poner cualquier tema y ella lo debate con mucha altura, además de que sabe integrarse en todos los procesos no solo de género, sino también políticos y sociales».

LUCHA SINDICAL Y AMISTAD

Daysi ha jugado un papel muy importante desde entonces en CIMTRA como coordinadora por la CNTD. Hemos tenido la oportunidad de compartir propuestas, de impulsarlas, de asumir en conjunto nuestras preocupaciones y nuestras reflexiones. Nos llamamos, nos consultamos, y eso ha propiciado que no solo como dirigentes, sino como amigas, hayamos anudados lazos que incluyen a nuestros familiares.

Eulogia Familia

Daysi Montero de Oleo tiene defectos, como todo el mundo. Uno de ellos es la virulencia de sus enojos. Hay que huírle cuando es ese su estado de ánimo, pero también es «capaz de reflexionar, de disculparse, de pedir perdón, de reconocer cuando se excede y de demostrar una gran capacidad de tolerancia. Además, en este medio no se vive si no se tiene esa capacidad, incluyéndonos a nosotras las mujeres, que hemos estado tolerando toda la vida, que hemos podido sobrevivir porque lo hemos tolerado todo».

Volviendo sobre los cargos en que Daysi ha demostrado liderazgo, Familia cita su participación en el primer consejo del Sistema Dominicano de Seguridad Social creado por la Ley 87-01, en el que coincidieron y donde se ofrecieron apoyo mutuo para sacar adelante numerosas iniciativas y propuestas. Destaca también los años en que Daysi formó parte de la Junta de Directores del INFOTEP en representación de los trabajadores. Desde esa posición, auspició la ampliación de la oferta formativa al sector laboral y la inclusión de otros sectores sociales en programas que los prepararan para su ingreso al mercado de trabajo con competencias suficientes.

Al currículo de Daysi, que ella es renuente a exhibir, se agrega en los años noventa su membresía como suplente del Consejo de Administración de la OIT y del Consejo Sindical de Asesoramiento Técnico (COSATE) de la Organización de Estados Americanos (OEA). En ese alto vuelo por el sindicalismo internacional, ha sido parte activa en la definición de medidas como la aprobación del Convenio 189 sobre el trabajo doméstico y el Convenio 190 sobre el acoso sexual y la violencia en el ámbito laboral, ambos de la OIT. Asimismo, ocupó un cargo en el Comité Ejecutivo de la Confederación Sindical de Trabajadores y Trabajadoras de las Américas (CSA), entre cuyos objetivos se inscribe «la igualdad y equidad de género y la plena participación de las mujeres en todos los niveles del movimiento sindical y en todas las instancias de la sociedad, para impulsar un desarrollo con igualdad de oportunidades para hombres y mujeres».

En el país Daysi ha sido abanderada junto a otras lideresas sindicales de la ratificación del Convenio 156 sobre corresponsabilidad familiar, una tarea que, al decir de Familia, dejaron encaminada la OIT y la feminista histórica Magaly Pineda, y cuya constitucionalidad fue declarada por el Tribunal Constitucional en el 2020 sin que, no obstante, se conozca su destino y su inicio de implementación.

En el 2021, año en que le fue otorgada la Medalla al Mérito de la Mujer Dominicana, la lucha de Daysi y las demás sindicalistas del CIMTRA era lograr la validación de tres propuestas: la aplicación del Convenio 189

IV. Quienes han marchado junto a ella, la miran

sobre trabajo doméstico, ya ratificado; la ratificación del Convenio 190 sobre violencia y acoso en el trabajo, y la aprobación del ya mencionado Convenio 156 sobre corresponsabilidad familiar y trabajo remunerado. Ocupa la preponderante en la agenda la promoción de una política que dé importancia al cuidado como generador de empleo digno y que sea asumido desde la igualdad por el Gobierno y la familia, superando la idea de que el cuidado solo corresponde a las mujeres.

Con el apoyo de organizaciones, como la Comisión Nacional de Lactancia Materna y la Oficina Panamericana de la Salud, Daysi y sus compañeras desarrollan una campaña para que también los hombres tengan «licencia de paternidad consciente». Daysi es parte activa de todas estas iniciativas, como también de aquellas que tienen que ver con «la lucha de calle» y el diálogo social, tripartito o multisectorial, tanto en representación de la CNTD como de las mujeres.

De centrales sindicales diferentes y habiendo antagonizado en el pasado en torno a cuestiones que en propiedad no les concernían como mujeres, lo que les ha permitido enriquecer la relación de amistad y fomentar las coincidencias es la comprensión de que no podían arrastrar los problemas de sus respectivas centrales a los vínculos del trabajo en común. «Lo segunda ha sido entender que existen diferencias —plantea Familia—, y que debemos respetar esas las diferencias en cualquiera de nuestros espacios. Que cada una maneje sus creencias. Nuestro objetivo es construir e impulsar algo juntas. Por ejemplo, a diferencia de la CNUS, las otras dos centrales, como tampoco sus mujeres, no participan en la lucha por las tres causales, lo que respetamos. Ahora, hemos logrado que también nuestra posición sea respetada».

La protección mutua de las lideresas sindicales agrupadas en CIMTRA es parte de la voluntad cohesionadora con cuya primacía Daysi ha contribuido de manera notoria. No son solo palabras, son hechos. Como, por ejemplo, que cualquiera de ellas desestime la firma de un documento si el contenido pudiera provocarle problemas con su central.

«Nosotras sorteamos la diversidad de problemas que se nos presentan, sacamos la potencialidad de cada una y tratamos con franqueza nuestras debilidades. Y aunque las centrales tienen su forma de referirse una a la otra, nosotras hemos desterrado lo peyorativo, los estigmas, los prejuicios, para poder sobrevivir en el medio y ser cada vez mejores amigas».

LA ALEGRÍA DE VIVIR

Daysi es alegre, divertida, le gusta bailar, saltar. Todas esas cosas a ella le gustan mucho. Pero también es una persona con mucha madurez a la hora de pensar y hacer las cosas. Suele ser muy solidaria con sus compañeras y compañeros, se preocupa... Además, es una gran madre, responsable, como la gallina con sus pollos. Los cuida, los protege y ha luchado mucho por ellos, por ofrecerles bienestar y porque estudien.

Eulogia Familia

Eulogia Familia no intenta hacer hagiografía, puesto que Daysi no es santa. Describe a una mujer que, como ya dijera, le causó una mala impresión cuando la conoció a principio de los años ochenta del pasado siglo y que, con los años, aprendió a querer y respetar. Conoce sus defectos y cualidades, y habla de unos y de otras otorgándoles el peso que les corresponde en la personalidad de Daysi. En su relato para este texto, saca a relucir otra característica de la amiga y compañera: la humildad, cualidad que ejemplifica recordando que cuando las integrantes de CIMTRA le pidieron su currículo para presentarla como candidata a la Medalla al Mérito de la Mujer Dominicana que otorga el Ministerio de la Mujer, ella entregó apenas dos cuartillas de las que estaba ausente la mayoría de sus logros. «Llegó el último día para depositar el expediente y ella no había hecho nada, solo bajo presión logramos que respondiera. Ni siquiera me dio tiempo a leerlo. Cuando fui a la elección en representación de CIMTRA y vi el expediente, me dije: “no, Daysi no tiene madre”. ¿Cómo puede salir electa una mujer que solo menciona dos o tres cosas, pese a tener una hoja

IV. Quienes han marchado junto a ella, la miran

de vida como la de ella? Ni siquiera mencionó que ha estado en la OIT, en el COSATE. ¡No puso nada de eso! Solo habló de su participación en el Consejo de la Seguridad Social, en el INFOTEP, pero olvidó su liderazgo internacional. Se lo reclamé, le dije que cómo era posible que solo mandara eso y dejara fuera lo que ha sido la mayor parte de su vida. Me respondió que no lo había pensado».

Por eso no le extraña que, al hablar sobre ella misma, Daysi haya sido parca sobre su protagonismo sindical. Existe una historia de silencio común a todas las mujeres de la que ella no escapa, una costumbre impuesta de no ser mujeres de influencia ni visibles. «Como otras mujeres sindicalistas, ella no ha sido presidenta de su confederación precisamente por la cultura de machismo que aún perdura, una cultura que nos invisibiliza. ¿Cuántos reportajes publica la prensa sobre hombres por cualquier cosa? A nosotras, nunca, porque no nos consideran figuras, pese a que podemos tener más representatividad que muchos compañeros. Daysi tiene tanta calidad para haber sido una alta dirigente como el que más de nuestros hombres».

Alguien podría pensar que esta visión ofrecida por Familia sobre su compañera en la lucha sindical y su amiga en lo personal nace de la sororidad. Se equivocaría. Jacobo Ramos también ha transitado junto a ella un largo camino. Tan largo es que comienza en aquellos años de principios de los ochenta del siglo XX cuando Daysi comenzaba a destacar por su activismo. Presidente de la CNTD, no vacila en hablar de sus méritos aun antes de ser preguntado por ellos. Incansable, trabajadora, profundamente comprometida con el movimiento sindical. Así la define.

En aquellos tiempos de luchas gremiales del sector salud por conquistas que mejoraran las condiciones laborales, la de Daysi fue siempre una presencia insoslayable junto a Minerva Magdaleno. Las huelgas fueron muchas y no todas con resultados. Algunas fechas se extravían en la memoria, aunque siempre es posible hacer el balance de lo que se ha conseguido en casi medio siglo de abogar por antiguos reclamos insatisfechos o por los nuevos que se agregan en la medida en que el tiempo discurre y plantea inéditas necesidades. Ramos hace un recuento no exhaustivo: sucesivos aumentos

de salario, la formación de una cooperativa de servicios, planes especiales de salud, incluyendo seguro médico, cuando todavía en el país no se había creado el sistema de seguridad social. «Daysi ha sido siempre una dirigente de primera línea en la Confederación Nacional de Trabajadores Dominicanos, donde ha ocupado diferentes posiciones: secretaria de Organización y de Educación y, al mismo tiempo, en esa actividad, ha sido miembro de varias entidades tripartitas».

Ramos también encomia el trabajo internacional que ha desarrollado Daysi a favor de la vigencia y ampliación de los derechos del sector laboral. A las ya mencionadas por Familia, él añade su membresía en el Consejo de Directores de la Confederación Sindical Internacional (CSI), una organización de promoción y defensa de los derechos e intereses de los trabajadores y trabajadoras con sede en Bruselas, que agrupa a doscientos millones de trabajadores en 163 países y territorios y tiene afiliadas 332 organizaciones nacionales.

Secretaria de Asuntos Internacionales de la CNTD al momento de escribirse este texto, a Daysi le toca la participación frecuente en los más diversos eventos en el país y en el extranjero. Pero antes fue secretaria de Educación y le correspondió intervenir en el programa de formación «Los nuevos rumbos del sindicalismo», propiciado por la ORIT (reconvertida en el 2008 en Confederación Sindical de las Américas tras un largo proceso de encuentros y desencuentros político-ideológicos en su seno) en momentos en que en el país se comenzaba a discutir la posibilidad de una nueva legislación laboral. El inventario es prolijo y coincidente con el realizado por Familia. Forman parte de él la labor de Daysi en la Unión Nacional de Mujeres Trabajadoras y su lucha porque le fueran reconocidos sus derechos a una parte de la fuerza laboral con mayores desventajas en todos los órdenes y su activismo a favor de una ley de seguridad social que incluyera tres cuestiones fundamentales para los trabajadores: salud, pensiones y riesgos laborales.

En esas décadas turbulentas de los años ochenta y noventa, Daysi milita también en una plataforma que agrupa a mujeres trabajadoras, la Unión

Nacional Femenina de Trabajadoras Dominicanas (UNFETRAD). En alianza con las organizaciones que operaban en zona franca y con una dosis estimable de inteligencia política, logró que estos enclaves productivos, constituidos mayoritariamente por mujeres, incluyeran las reivindicaciones de estas en los convenios colectivos. Su liderazgo encontró siempre eco en las mujeres trabajadoras, sobre todo porque predicaba con el ejemplo. No hubo entonces marcha, mitin, reunión o asamblea en que ella no estuviera presente. Nunca excluyó de su interés a ningún sector laboral. Por eso, los sindicatos azucareros, masculinos por definición, le abrieron las puertas a sus actividades organizativas y educativas en las que ella había adquirido maestría a fuerza de preocuparse por su propia formación teórica.

Valorar el trabajo de Daysi más allá del ámbito de la CNTD obliga a mirar hacia CIMTRA, ese esfuerzo, mantenido contra viento y marea, con el que las sindicalistas buscan impregnar al movimiento sindical de una perspectiva de género. «Creo que las mujeres de las diferentes centrales — plantea Ramos— están dando el ejemplo de que es posible lograr la unidad del movimiento sindical en algún momento. Nos inspiran a hacer el esfuerzo por lograr una sola central sindical. CIMTRA es un ejemplo no solo para nosotros, sino incluso para muchos de los países de la región que no tienen este tipo de mecanismo».

PERSEVERANCIA

Daysi es una mujer muy perseverante, persistente, cuando se dedica a un objetivo. Es una mujer a la que puedo definir como incansable. Participa con entusiasmo, pone una gran pasión en lo que hace. Es también temperamental, hay que decirlo, pero eso es parte de nuestra condición de seres humanos. Ella es muy apasionada, y la gente que es muy apasionada termina por tener un temperamento fuerte, pero es precisamente esa fortaleza la que la impulsa todavía a mantenerse en el movimiento sindical.

Jacobo Ramos

La relación de Daysi con sus compañeros sindicalistas no ha estado libre de conflictos que, sin embargo, nunca han menoscabado la confianza mutua ni afectado los resultados posteriores del trabajo. Son gajes del oficio, como lo entiende Ramos, sorteados sin consecuencias gracias a su capacidad reflexiva y autocrítica. En algún momento reaccionó a diferencias exacerbadas alejándose de la organización, pero su distancia no duraría mucho tiempo. Al cabo de un año se reintegró con el mismo entusiasmo por el trabajo que había exhibido siempre y sin que entre sus compañeros y compañeras pesaran un ápice las razones del desencuentro.

Por qué, entonces, una mujer con sus características, tan positivas para cualquier dirigente sindical, hombre o mujer, no ha llegado a ocupar uno de los dos cargos cimeros —la presidencia o la secretaría general de la CNTD— es pregunta obligada. Ramos entiende que su compañera de luchas durante décadas «ha alcanzado posiciones más importantes que las propias presidencia o secretaría general de la confederación y ha participado en escenarios nacionales e internacionales con contribuciones muy importantes. Eso se nota cuando uno llega a la OIT y el sector trabajador, el sector empleador, todos los dirigentes, la conocen y aprecian. Eso demuestra que ella es una mujer trascendente y que bien pudiera ser la máxima dirigente de una de nuestras confederaciones. No tengo ninguna duda de que reúne las condiciones y que lo haría muy bien». Si no ha ocurrido así es porque en el movimiento sindical sucede lo mismo que en la sociedad dominicana, es decir, un arraigado machismo con el que habrá que romper para empujar futuras lideresas.

Durante todo el tiempo de amistad que los une, Ramos y Daysi han vivido incontables experiencias que servirían para escribir un voluminoso anecdotario. Algunas tienen la marca de una sensibilidad humana que las hacen indelebles en la memoria. Estando en Ginebra, Suiza, en una conferencia de trabajadores, Ramos cae enfermo y es necesario llevarlo al hospital, donde le realizan una pequeña cirugía. La única persona de la numerosa delegación que estuvo a su lado permanentemente fue ella.

IV. Quienes han marchado junto a ella, la miran

Nunca han pertenecido a la misma organización sindical, pero Rafael (Pepe) Abreu, presidente del CNUS tiene una muy alta valoración de la influencia que ha ejercido Daysi en los esfuerzos por unir a los diversos sindicalismos en uno solo. Han tenido diferencias, porque la matriz ideológica de sus respectivas prácticas es distinta, pero nunca han sido óbice para el entendimiento como activistas ni para la consolidación de una amistad que ya dura décadas.

«La CGT, de la que fui fundador, pertenecía al ámbito de la Federación Sindical Mundial, dominada en esos años por la desaparecida Unión Soviética, y gente como ella viene de la escuela norteamericana y europea —explica—. Pero hay que decir que, básicamente después de terminada la Guerra Fría con la caída del muro de Berlín, la separación ideológica se fue atenuando. Todo aquello provocó un gran desconcierto en el movimiento sindical nacional e internacional, y fueron dirigentes como ella quienes más contribuyeron a que el tránsito fuera mucho más fácil».

El proceso unitario internacional no ha sido expedito, pero a diferencia de ese pasado antagónico al que se refiere Abreu, todos los sindicatos y centrales de este lado del mundo, incluidos Estados Unidos y Canadá, se agrupan hoy en la Confederación Sindical de las Américas, afiliada a la Confederación Sindical Internacional, de la que se excluyen por decisión propia la Rusia de Putin, que continúa dándole vida a la FSM, y la China de Xi Jinping.

La República Dominicana no quedó al margen de este proceso de búsqueda de consenso. Inspirada por lo que acontecía en todo el mundo occidental, Daysi ocupó puesto en la primera línea por la unidad, que terminó propiciando la integración de la Mesa Sindical, un espacio en el que confluyen las tres principales centrales locales. «Daysi es uno de los pilares de la Mesa Sindical, es de las personas que más ha contribuido para que se mantenga, y ya llevamos quince años en ella, lo que antes hubiera sido imposible a causa del entrecruzamiento ideológico».

La vocación unitaria le viene de lejos. Cuando Abreu y Daysi se conocieron en la segunda mitad de los pasados años setenta, época en que resultaba harto difícil (lo resulta todavía hoy) poner de acuerdo los distintos sindicatos de enfermería, un sector caracterizado por la atomización y las contradicciones. En esas circunstancias tan desfavorables para alcanzar conquistas, Daysi destacaba por su propensión a encontrar salidas comunes. Para ella, fue siempre que las enfermeras disfrutaran de derechos laborales que dignificaran el oficio. Su actitud le ganó el aprecio personal de quienes, incluso desde otras orillas ideológicas y políticas, aceptaban la evidencia de sus capacidades organizativas y propositivas. Junto a Minerva Magdaleno y otras enfermeras de la CASC y de la antigua CGT, encabezó movimientos huelguísticos que pusieron en jaque a las autoridades del sector salud.

«El distanciamiento entre centrales llegó a ser abismal —recuerda Abreu—, pero ella, situándose en una posición individual de avanzada, pre trabajador. Recalcaba que cuando un patrón niega el salario, el derecho a la sindicalización o un convenio colectivo, no lo hace partiendo de la visión ideológica del trabajador, sino porque conceptualmente y en la práctica los intereses de uno y otro son distintos».

Abreu coincidirá con Familia y Ramos en los obstáculos que ha debido vencer Daysi para escalar en el movimiento sindical en el país y en el extranjero. Para una mujer, corrobora Abreu, será siempre más cuesta arriba que para un hombre lograr que se le reconozcan sus méritos y capacidades. A su favor, Daysi tiene un sentido muy fuerte de la independencia personal, de donde deriva su rechazo a «dejarse narigonear por los hombres», sean estos quienes fueren. «Ella ha sido muy rebelde, y precisamente por eso pudo abrirse un espacio en el campo internacional, cuando todavía no se hablaba de paridad ni de género».

La desestimación de la especificidad de los problemas y reivindicaciones de las mujeres no conocía banderías ideológicas. Abreu insiste en ello para explicitar cuán difícil fue para Daysi vencer las resistencias que encontraba en su camino. No importaba que el espacio sindical fuera de talante progresista, socialdemócrata o conservador; para una mujer ser relevante

IV. Quienes han marchado junto a ella, la miran

dentro de esos grupos debía ser «una supermujer». Si eventualmente se la admitía en la dirección de cualquiera de las confederaciones y centrales sindicales, la admisión tenía el sello de la «concesión caritativa». Daysi tuvo que emplearse a fondo y ganarse a pulso su liderazgo venciendo los prejuicios que convertían a las mujeres sindicalistas en «convidadas de piedra» de estos espacios.

Dos preocupaciones destacan en su ejercicio sindical: la organización y la educación. La amplitud de su reflexión sobre las necesidades de los trabajadores organizados sobrepasa con creces los límites de su sector de origen, otra característica que la convierte en rara avis porque, en opinión de Abreu, nunca ha sido fácil en el país convencer a las dirigencias sindicales de mirar más allá del territorio en que actúan.

Aparte de las coincidencias en la lucha por mantener a flote la organización de los trabajadores, Abreu aprecia en Daysi la manera en que ha sabido conciliar militancia y vida personal, sobre todo porque la condición especial de su último hijo la asoma en ocasiones a los únicos momentos en que ha visto la tristeza apoderarse de su ánimo. Los ojos del amigo contemplan con ternura la atención que Daysi le presta a Miguel, pero no es lo único. «He visto siempre cómo ella ha cargado con la familia, siempre en ausencia de los hombres. Por eso le tengo un respeto y cariño especial, porque me sitúo en el lugar de la gente que se ve en esa situación. La unidad de su familia ha contribuido a amortiguar un poco la carga; pese a todo, ella ha sido capaz de sostenerse en el tiempo. Porque no es lo mismo pasar por una actividad transitoria, de la que se sale para dedicarse a la familia, que darle continuidad a un proceso y a una carrera tan difícil como la sindical».

Oscar Valverde es español. Siendo aún muy joven, vino al país en 1993 cuando apenas iniciaba su andadura por los múltiples caminos hacia los que conduce la OIT en pro de mejorar la vida de los trabajadores y las trabajadoras. Aquí lo trajo el mencionado proyecto de la organización internacional apoyado por la Agencia Danesa de Desarrollo Internacional (DANIDA), ambas empeñadas en empoderar a las mujeres sindicalistas «para que asumieran colectivamente iniciativas de producción y generación

de ingresos». La contraparte de este proyecto era CIMTRA, uno de los espacios alrededor de los cuales gira la historia de Daysi. Fue entonces cuando la conoció.

«Mi primera impresión al tratarla durante esa semana en que la conocí fue la de tener enfrente a una mujer luchadora, muy enfocada en objetivos y pragmática; a pesar de ser una persona de carácter, no era impositiva —recuerda Valverde—. Reflejaba en las conversaciones una amplitud de miras, sin prejuicios ideológicos, capaz de debatir intelectualmente sobre cualquier tema sin anteponer a la fuerza sus razones o remitirse a estereotipos de ninguna clase».

Al igual que como sucedió con Familia, Ramos y Abreu, el trabajo sindical se convirtió con el paso del tiempo en una cercana amistad. La participación de ambos en programas de cooperación técnica «tanto con la OIT como con el sindicalismo nacional e internacional» han consolidado un intercambio que la lejanía no desmerece. Valverde confirma lo que dicen sobre su apego a los principios quienes han estado en su misma trinchera: «Aunque ella pertenece a una central, cuando ha hecho gestiones de apoyo con OIT lo ha hecho en nombre de la unidad de acción y tomando la Mesa Sindical de las tres confederaciones como referente contraparte».

En las palabras de Valverde, Daysi resurge como la sindicalista con un alto sentido del liderazgo y el compromiso con las trabajadoras y los trabajadores, que no ha vacilado en colaborar activamente «en la construcción colectiva y tripartita de programas de trabajo decente con OIT, así como en el seno del Consejo Consultivo del Trabajo (CCT) y en otras instancias tripartitas de diálogo social, y especialmente en materia de seguridad social». Y está también la formadora convencida de que la fortaleza del movimiento sindical pasa por la comprensión de la sociedad y sus conflictos. Valverde lo recalca: cuando ha estado al frente de programas de educación de los trabajadores, su claridad de miras y sus habilidades didácticas han beneficiado a las dirigencias y, por ende, mejorado la incidencia social de estas.

VOCACIÓN UNITARIA

La actividad sindical caracteriza buena parte de su biografía, y tiene prestigio y respeto de múltiples actores sociales por los diversos aportes que ha hecho para la mejora de las condiciones laborales y la seguridad social de las personas trabajadoras.

Oscar Valverde Ilo-Oit

Hacer el inventario de sus logros como sindicalista remite a datos sabidos y apreciados por su entorno. Se ha dedicado con ahínco a la responsabilidad de sus cargos, pero, sobre todo, a intentar cambiar la realidad laboral en el país. Empeño que encuentra lugar en otros espacios en los que ha asumido con indiscutible fervor el impulso del «diálogo intersindical nacional, subregional y continental». Su empeño casi obsesivo durante sus más de cuarenta años en el sindicalismo es convencer de la necesidad «de unificar el sindicalismo internacional, tanto en América Latina (ORIT y CLAT) como a nivel mundial (CIOSL y CMT) ».

Valverde vuelve a coincidir con los otros testimonios sobre Daysi cuando aborda sus cualidades de lideresa y de persona. Menciona «su gran sensibilidad social, su inclinación a la excelencia tanto a nivel sindical como profesional, su espíritu de superación constante, su capacidad encomiable para la solidaridad, su generosidad, y su talento para construir relaciones positivas y ambientes de trabajo motivadores, porque es de las personas que realmente sabe trabajar en equipo».

En ese catálogo de cualidades no puede faltar su respeto por la manera de pensar de todas las personas, lo que no obstaculiza que defienda con firmeza lo que ella cree. Implacable en la defensa de la institucionalidad sindical, sabe también rectificar sus fallos con un profundo sentido de la humildad autocrítica. El broche de oro es «su capacidad de liderazgo y su

especial habilidad para analizar políticas públicas y conductas sociológicas de su tiempo».

Compartir responsabilidades en el trabajo con ella ha sido siempre para Valverde «muy grato y fructífero»; de ahí la confianza en la que ha crecido «una amistad que, al margen de los temas profesionales, generó un vínculo estrecho personal que quedó dentro del círculo de las y los amigos permanentes y de por vida». Juntos han vivido momentos duros y gratos del sindicalismo, pero también «de cercanía familiar y de reciprocidad afectiva en momentos felices o tristes que han ocurrido a lo largo de los años» que han dado solidez a la amistad.

Excepto Valverde, los compañeros de trayectoria sindical que testimonian en este texto han hablado de la fortaleza de su carácter, que también reconocen sus hijos y su hija. Mas tras esa reciedumbre que a veces intimida a quienes se le acercan por primera vez, está una mujer que ha hecho de la solidaridad una bandera. Al hablar de esta faceta de la amiga y compañera, Pepe Abreu resume lo que con otras palabras han dicho todos: «Ella es boca de diablo y corazón de Dios, como se dice popularmente, porque puede estar discutiendo airadamente con cualquiera, pero si ve que una compañera o compañera atraviesa una situación difícil, será la primera en ofrecerle su hombro para que se apoye en ella. Detrás de esa aparente dureza, se oculta un corazón grande y un desinterés que muchas veces asombra y contrasta con la primera imagen que nos hacemos de ella».

Capítulo V:

*Una madre como pocas:
hablan sus hijos y su hija*

Daysi Montero de Oleo



Foto familiar el día de mi graduación en Licenciada en Derecho



Encuentro con mujeres sindicales de las Américas en Chicago

V. Una madre como pocas: hablan sus hijos y su hija

Solo muchos años después, cuando llegó a la edad en que los recuerdos retornan y los hechos cobran el significado que en su momento fue indescifrable, Julio, el mayor de los hijos de Daysi, entendió la razón por la cual la licuadora y la plancha desaparecían y reaparecían en el hogar como por arte de magia: su madre las empeñaba para darles de comer a él y a sus tres hermanos.

La imagen del vaso de la licuadora envuelta en capas de papel que lo protegieran de eventuales daños, y de la plancha con el cordón eléctrico enrollado en el mango, tiene para él una fuerza simbólica que, casi cuatro décadas después, lo sigue conmoviendo. Sacarla del recuerdo para convertirla en dato, la imagen enfrenta a Julio a algo más que las carencias que Daysi buscaba paliar llevando estos electrodomésticos a la casa de empeño. Más que afrontarlo, le revela esa manera tan decidida y feroz que tuvo su madre de amarlos a él y a sus hermanos.

Una vida compartida lleva a reminiscencias similares, y las primeras que vienen a la cabeza de Eliezer, el segundo hijo, están relacionadas con las preocupaciones de la madre por librarlos del sinsabor de las privaciones materiales. Pero hay una que guarda como lección que todavía no termina: la de aquel día en que, travieso como todo niño a los siete años, sufrió una herida en la cabeza, no seria, pero sangrante. Más que sentir dolor, lo paralizó el miedo a que su madre se enterara de las circunstancias del

accidente. Al corriente de lo ocurrido, Julio buscó la manera de sacarle provecho oportunista y le puso precio a su silencio: Eliezer haría cuanto a él se le antojara mandarle. Y se le antojó mucho. Hasta que dos o tres días después del desventajoso pacto, decidió jugarse el todo por el todo y confesó a su madre lo que había pasado. Demasiado tarde, según los parámetros maternos. Sin pronunciar palabra, buscó una aguja, la esterilizó acercándola a la llama de una vela, le engarzó una hebra de hilo y, simplemente, le hizo el gesto de acercarse. A sangre fría cosió un punto en la herida que ya comenzaba a cicatrizar y entonces habló: «A partir de ahora recordarás siempre que no haces bien ocultándome cosas, que yo tengo que estar al tanto de todo lo que pasa en esta casa». Más de treinta años después, Eliezer atribuye a ese acontecimiento, que no considera traumático, la relación de absoluta confianza que mantiene con su madre.

Aranaldys, la tercera en la prole tiene también un recuerdo muy particular, pero más amable que el de la escasez que obligaba a empeñar en el Monte de Piedad los electrodomésticos o sentir una aguja traspasar el cuero cabelludo. Cursando estudios en el colegio San Vicente de Paul, pasaba siempre a la salida de clases por la Maternidad de Los Mina, donde su madre trabajaba, para retornar juntas a la casa. Un paseo de intimidad reconfortante. Cuando no la encontraba en la estación de Enfermería, bajaba presurosa al área de información para pedir que la llamaran. Más que la necesidad de encontrarla, que era siempre mucha, Aranaldys sentía un enorme placer en escuchar el nombre de su progenitora a través del sistema de megafonía pronunciado por una voz cuya entonación era igual a la que se escucha en los aeropuertos anunciando la salida y llegada de los vuelos. Había algo mágico en ese momento, algo que desconectaba a la niña de la realidad.

Pero hay una imagen que comparten y que prima en sus conversaciones: la de una mujer dedicada por entero a los que había definido como sus principales intereses: el bienestar de sus hijos y su hija, su trabajo de enfermera y su militancia sindical. No fue nunca la madre empalagosa y laxa que en nombre del amor les permitiera hacer y deshacer. Fue todo lo contrario: exigente con los estudios, dispuesta a escuchar, pero no a transigir

con los comportamientos que vulneraban sus normas de conducta. Sin embargo, se ocupó siempre de que Julio, Eliezer y Aranaldys, convertidos en adolescentes con intereses propios y poco dados al gregarismo, mantuvieran lazos afectivos con la familia y los instaba a visitar a la abuela, las tías y los tíos.

«Mami siempre fue fuerte, recta, ella era la que llevaba la batuta, la que nos ponía de castigo y la que nos llamaba la atención. En Los Mina vivimos en una casa que quedaba detrás de la Maternidad, donde ella trabajaba. Recuerdo verla llegar todos los días, cuando terminaba el turno de la noche, con el desayuno de nosotros en las manos. Cuando desayunábamos, nos acompañaba a la escuela y solo entonces, de vuelta a la casa, se acostaba a dormir», evoca Julio.

Aranaldys corrobora esa opinión sobre la rectitud de la madre que ha dejado un rosario de anécdotas que ahora comparten entre risas. Como aquella, dice, en que Julio se hizo una pelada «caliente». Cuando llegó a la casa, Daysi, sin inmutarse, cogió en mano una maquinita y «lo peló a caco». Su intolerancia con lo que entendía impropio no anulaba que los defendiera «a capa y espada». Ella les inculcó ese sentimiento de protección mutua, de la que es ejemplo la tutela que han ejercido siempre sobre el hermano más pequeño, con una discapacidad de nacimiento. «Jamás hemos permitido que nadie se burle de él dice, que lo hagan sentir inferior o se aprovechen de su condición».

Ese afán protector de Daysi ha seguido inalterable hasta hoy y se extiende a sus nietos y nietas. Vive su abuelidad de manera visceral, ocupándose incluso de enderezar algunos desvíos adolescentes, como ocurrió con una hija de Julio, en riesgo de perder el rumbo en la maraña neoyorquina. Se hizo cargo de ella y la regresó a su padre convertida en otra, más madura y responsable. Cuando Aranaldys salió embarazada de su primer hijo, Daysi estuvo permanentemente a su lado y no escatimó uno solo de sus conocimientos de enfermera para que su hija viviera la gestación con la mayor seguridad posible. «Mi obstetra era una mujer muy tranquila, que no se alteraba con ni por nada. El día de mi parto, mami estaba muy nerviosa,

diría que desesperada, y criticaba ácidamente a la doctora. Decía: “tú tenías que verla, caminando tan tranquila por el pasillo, y tú con esos dolores”. Cuando nació el niño, ella advirtió con mucha energía a las enfermeras que tuvieran cuidado con cambiarlo por otro, que estuvieran pendientes de ponerle el brazalete que le correspondía».

Cumplir con las tareas escolares fue siempre una responsabilidad a la que no pudieron faltar sin riesgo. Las horas de trabajo como enfermera, del que salía para dirigirse casi de inmediato al local de la CNTD donde tenía su sede el sindicato, nunca impidió que supervisara de manera estricta la conducta escolar de sus hijos. A este empeño, recalca Eliezer, subyacía la necesidad de que se formaran para que «pudieran ser algo en el futuro». En una ocasión, Julio expresó su deseo de dedicarse a limpiar zapatos en el barrio para tener algo de dinero. Daysi no perdió la compostura. Con voz pausada respondió al deseo de su hijo: «No me opongo, pero no me gustaría, porque mientras vivas conmigo y pueda darte lo que necesites para que estudies, es lo más importante para mí. Si te dejo que trabajes como limpiabotas, le vas a coger amor al dinero y vas a dejar los estudios».

En muy pocas ocasiones, que recuerde, él o su hermano la acompañaron al sindicato. Distinto fue cuando Daysi se involucró en la política partidista y prestó su casa para que el PRD de entonces instalara un comité. Entonces sí fueron testigos de cómo ella enfrentaba la discusión de los problemas y, como también Eliezer y Aranaldys, sentía que aquella mujer era poseedora de una capacidad de convicción fuera de serie. «Yo les decía: “fíjense, mami es la jefa, miren como todos le hacen caso”, y aunque siguiéramos jugando y pareciera que no prestábamos atención, sí lo hacíamos, y luego relajábamos con eso».

Años después, cuando salió electa presidenta del Comité Continental de la Mujer Trabajadora, Aranaldys saboreaba ese logro: «Guaio, mami, tú eres presidenta de una organización internacional». La misma satisfacción le producía verla ocupada en agenciarse recursos para suplir necesidades básicas de las trabajadoras, en especial de las zonas francas, aun cuando hacerlo no formaba parte de sus responsabilidades como dirigente de la CNTD.

LEALTAD A LOS TRABAJADORES

Una vez le pregunté por qué no aspiraba a ser secretaria de la CNTD, y ella me respondió que la mayoría de quienes acceden a altos puestos en el movimiento sindical corren el riesgo de ser presionados y, por esas presiones, terminar vendiendo a los trabajadores, y ella no caería en eso después de haber pasado tantos años en la lucha sindical. Así que ha preferido no aspirar a ser secretaria general o presidenta de su central.

Julio Ernesto

Eliezer no fuma y se cuida de decir palabras fuera de tono porque en su memoria todavía están vivas las consecuencias de haber encendido un cigarrillo siendo un preadolescente y de haber llamado a un amigo, en tono de broma, con un adjetivo soez.

Llegaría la época en que las responsabilidades sindicales de Daysi la obligarán a viajar fuera del país con frecuencia. Quedaban entonces al cuidado de las tías y los vecinos, porque en los barrios de aquella época predominaban relaciones primarias marcadas por las costumbres de la vida rural. Eliezer recuerda que no pocas veces su madre les pidió a los vecinos que los vigilaran hasta que llegara la persona que se quedaría con ellos, concediéndoles el derecho de «darles su pela si se portaban mal». «Si le daban una queja de nuestro comportamiento, nunca decidía a favor de nosotros y nos corregía delante del vecino o la vecina. Nunca fue apoyadora».

INCULCANDO HONESTIDAD

Yo veía cómo crecían económicamente las amistades que la rodeaban, cómo compraban su casa y nosotros siempre en el mismo sitio. Le decía: ‘mami,

que raro, todo el mundo va teniendo otro estatus, otro estilo de vida. Y ella me respondía que en la vida eso no era todo, que lo más importante era ser honesto y recibir satisfecho lo que Dios mandaba. Que nunca podía permitirme que los ojos se me fueran detrás de cosas materiales, sino que debía ganarme el pan de cada día con honestidad.

Eliezer

Los viajes de la madre les creaban expectativas, y el regreso era una fiesta. En estas ocasiones, Daysi cedía fácilmente al zalamero reclamo de los hijos de faltar a la escuela para quedarse ese día disfrutando de su cercanía. Aunque estas ausencias eran cada vez más frecuentes, ninguno de ellos se sintió nunca lastimado ni experimentó el más mínimo sentimiento de abandono. Comprendieron temprano que casi todo lo que Daysi hacía, incluyendo el trabajo sindical y sus responsabilidades, tenía como objetivo brindarles las mayores satisfacciones posibles. «No es fácil para una mujer soltera criar a cuatro muchachos, y ella fue siempre madre y padre. Sabíamos que esas ausencias tenían un porqué y aprendimos a vivir con eso».

De todas maneras, la lejanía no menguaba el control que Daysi ejercía sobre la conducta de su prole. Fue experiencia de todos que la llamada desde el extranjero podía producirse en cualquier momento, por lo que, sobre todo los varones ya más crecidos, no podían actuar a su antojo y violar los horarios acostumbrados de llegar a la casa. La noche no les pertenecía.

Daysi no solo se hizo cargo de sus propios hijos. En su casa siempre estuvieron sobrinos que ella llevaba consigo a la ciudad para que, como lo hizo ella años antes, pudieran labrarse un porvenir mejor lejos de la inanidad social de El Cercado. Con estos sobrinos y sobrinas, que a veces llegaron a ser dos al mismo tiempo, actuaba con el mismo rigor, pero también con la misma generosidad que con sus hijos. Lo que había para uno lo había para todos, o para ninguno cuando no podía ser equitativa.

La solidaridad es un componente esencial de la manera en que Daysi se relaciona con los otros, de ahí que sus hijos asumieran con naturalidad la presencia de terceros, casi siempre del mundo sindical. Aranaldys destaca la generosidad de su madre como uno de sus mejores atributos. Incluso en situaciones en que la mezquindad ajena pudo herirla, supo sobreponerse al dolor y evitar que su humanidad fuera dañada por la experiencia. «Mami tenía un muy buen amigo sindicalista, ya fallecido, del que se distanció por causas que ignoro. Nunca la oí hablar mal de esa persona, más bien lo contrario. Porque ella es así, dispuesta siempre a apoyar a los demás sin pedir ni esperar nada a cambio». No la idealiza. Su inflexibilidad ante determinadas circunstancias es una de sus imperfecciones. Se enoja, pelea, se irrita cuando algunas cosas no marchan como las ha previsto. Mas sus resortes autocríticos no tardan en activarse y vuelve a ser la persona razonable que ha podido conducir la barca de la vida a buen puerto.

Sus hijos y su hija nunca resintieron que ella dedicara tantas horas diarias al trabajo sindical. Saberla rodeada de tantos hombres en la CNTD sin que nunca nadie osara irrespetarla, los confirmaba en su convencimiento de las virtudes de su madre. «Nos admiraba —dice Julio— que ella pudiera imponer su criterio a tantos hombres, que la consideraran una lideresa. Nos satisfacía oír el cariño con el que todo el mundo hablaba de ella».

Para Aranaldys, que su madre desplegara una actividad tan intensa le producía muchas sensaciones. Sin que fuera predominante, experimentaba un cierto sentimiento de diferencia con el resto de los niños y niñas de su entorno. «Cuando vives en un barrio —dice—, tener una madre que viaja y que te trae cosas hace sentir bien. Pero lo mismo pasaba cuando era enfermera. Yo podía decirles a los demás que si les ocurría cualquier cosa podían ir donde mi madre, que ella resolvería. Además, la acompañé con frecuencia a muchas de sus actividades, al punto de que me convertí en una minisindicalista».

No oculta que, siendo adolescente, por momentos deseó que su madre estuviera disponible para acompañarla a actividades para ella significativas, como las reuniones de entrega de notas escolares en las que las madres de

sus condiscípulos hacían más notoria la presencia de su padre, o cuando le tocaba reinscribirse en el colegio o la escuela.

El tiempo transcurrió y Julio y Eliezer se hicieron hombres y Aranalays mujer. Y en ese proceso de crecimiento biológico y emocional, también cambió el sentido de sus percepciones sobre su madre, afirmándose la satisfacción y el orgullo porque, donde quiera que fuesen, su nombre inspiraba respeto. «Donde quiera que fuera —dice Julio—, cuando se enteraban de mis apellidos, casi siempre encontraba a alguien que conocía a mi mamá y me ofrecía agilizar mis diligencias. Cuando me gradué de bachiller en el Instituto Politécnico, quise ingresar a la Marina (hoy Armada), tomé mi examen y el jefe de la Academia en ese entonces, cuyo nombre no recuerdo, me entrevistó. También él me preguntó por mi parentesco y se extrañó de que mi madre quisiera que yo ingresara a la Marina a sabiendas de que allí no se ganaba dinero. Yo me había presentado sin que ella lo supiera. Sobra decir que nunca me llamaron, pese a que saqué buenas notas: el oficial habló con mami y ahí terminó todo».

UNA MUJER INTENSA

Como sindicalista es intensa, quizá demasiado intensa. No tiene miedo, pero sí una gran fuerza de voluntad para hacer lo que se propone. Lo que ella que cree posible hacer, simplemente lo hace, se involucra y se compromete al cien por ciento. Y, repito, no tiene miedo a nada ni a nadie, ni hombres ni a mujeres. Por eso siempre decían en el sindicato que con esa 'jabá' nadie podía meterse.

A veces se preguntaban si no tendrían oportunidad de hacer cosas por ellos mismos, sin que la presencia de Daysi gravitara sobre sus decisiones y los resultados de lo que emprendían. La desazón que les producía mutaría en una mayor comprensión de la importancia social de las actividades sindicales de su progenitora y borraría todo vestigio de las inconformidades que pudieron sentir alguna vez. Más aún, y ambos hijos lo reconocen, lo que han podido lograr y siguen logrando en sus respectivos ámbitos se

divide en partes iguales entre el esfuerzo propio y las gestiones que a su favor realizaba su madre para conseguirles trabajo si bien, cumplido el cometido, advertía al funcionario que debía medirlos con la misma vara que al resto de sus subordinados.

Y no solo a favor de ellos. Durante el tiempo en que perteneció a la junta de directores del INFOTEP, Daysi propició que los muchachos del barrio en que vivían aprovecharan las oportunidades formativas que ofrecía la institución, informándoles sobre los cursos e instándolos a inscribirse. Muchos de ellos no han perdido el vínculo con sus hijos, a los que recuerdan con agradecimiento el empeño de Daysi en que adquirieran un oficio que les permitiera ganarse la vida decentemente, pero también cómo los agasajaba en Nochebuena, invitándolos a compartir la mesa que ponía para sus hijos.

Divorciada de su primera pareja cuando Julio y Eliezer eran muy pequeños, y vuelta a casar y a divorciar después de procrear a Aranaldys y a Miguel, Daysi enfrentó sola el reto de levantar su familia. Sin que tuviera que esforzarse en producir el discurso que convenciera a sus hijos varones del derecho de las mujeres a la igualdad, su ejemplo constituyó un antídoto contra el machismo. Para ambos, Daysi es «sagrada» y, por extensión, lo son todas las mujeres. No teorizan sobre feminismo, y posiblemente este le sea ajeno; simplemente entienden que las mujeres son personas dotadas de inteligencia y autonomía, y que ellos, como hombres, no tienen derecho a intervenir en sus decisiones y, mucho menos a agredirlas.

«No estoy de acuerdo con el maltrato a la mujer, incluso si me fallara como ser humano en cualquier cosa —plantea Julio—. Si es algo de la ley, que la juzgue la ley. Si me falla como pareja, termino con ella, pero no tengo razón para ponerle la mano encima. Esto lo saco de mi mamá, que ha luchado mucho a favor de las mujeres, aunque también de los hombres. Recuerdo cómo las enfermeras se sentían protegidas por mi mamá. Ese es el ejemplo que he seguido en mi relación con mis hijas, con mi hermana».

Eliezer repite casi con las mismas palabras la influencia que ejerció su madre en la manera de él relacionarse con las mujeres. En su memoria aún

resuenan las palabras de Daysi sobre el respeto a la igualdad de hombres y mujeres. Pero también sus advertencias dichas en un tono en el que podía adivinarse el eco de la tormenta: «Ay de ustedes el día que yo sepa que hablan mal de una mujer». «Puedo decir, sin temor a equivocarme, que esa educación que me dio mi mamá valió mucho, y todavía sigue valiendo».

Su grado de identificación con ella, de la que se siente ser «casi una fotocopia», lleva a Julio a afirmar que nunca le pediría que cambiara nada de su personalidad, que sigue siendo fuerte, porque para hacerlo necesitaría cambiarse a sí mismo. Además, porque ha sido como es, no se amilanó frente a las adversidades y luchó a brazo partido para que ellos tuvieran seguras «las tres comidas».

Eliezer, por el contrario, no se siente tan parecido a su madre como Julio, excepto en su cultura de respeto a la otra persona, sea «un vecino, una mujer, un amigo, un hermano». Pero no en el carácter, tan fuerte el de ella que quien solo la juzgue por su forma de hablar podría formarse una idea equivocada. Él, por el contrario, «aguanta mucho», aunque llegado al punto de saturación, se desborda. Mas, aun así, tampoco él cambiaría nada en su madre porque esa que fue y sigue siendo asumió el rigor en su forma de ser como escudo contra la adversidad que podía impedir que sus hijos y su hija alcanzaran el mejor destino que vislumbraba para ellos.

Mujer y adolescente en el momento del segundo divorcio, Aranaldis se refiere a las dificultades que su madre hubo de enfrentar para salir adelante. «Mi papá se divorció de mi mamá y también de nosotros, mi mami tuvo que asumir un doble papel en un momento en que yo era una adolescente que pasó de un colegio de monjas al liceo Víctor Estrella Liz para hacer un bachillerato comercial. Para mí fue un cambio del cielo a la tierra. Digo que fue difícil porque yo estaba enfrentada a otros retos y tenía mayor libertad. Pero nada mermó nuestra comunicación ni nuestra confianza».

HABLAN LOS NIETOS

Andrés y Eduardo, hijos de Aranaldys, son los nietos más pequeños de Daysi. Escuchando hablar a su madre, ambos pidieron hablar sobre su abuela. Ella es muy cariñosa. A veces un poco peleona. Es muy amorosa y siempre nos da lo que necesitamos.

Andrés

Mi abuela es muy cariñosa y también muy trabajadora, y también muy amable con todas las personas. Cuando tiene que hacer sus berrinches los hace, pero con una razón. Para mí mi abuela ha sido... ¿cómo decirlo?, una inspiración, porque ella siempre se dispone a seguir adelante. Digo esto porque mi mamá le siguió los pasos y yo le sigo los pasos a mi mamá; todo eso viene de mi abuela.

Eduardo

La cercanía entre ambas y la admiración que sentía por su madre, marcaron la manera de Aranaldys de ver y enfrentar la vida, aunque en un aspecto distinto a como ocurrió con sus hermanos. Lo comprueba en la facilidad con la que le sale «la vena sindicalista»: no soporta el abuso ni la desconsideración ni a ella ni a quienes la rodean. Por las venas le corre también la alegría de su madre, que no es paradójica con su rigor, sino complementaria, y la facilidad para establecer relaciones humanas caracterizadas por la calidez. Y la tolerancia frente a las decisiones ajenas tomadas con responsabilidad, como la demostrada por su madre cuando le comunicó que había llegado a la intimidad con su pareja. «Su primera reacción fue preguntarme si acaso no sabía que eso era malo, pero lo aceptó y nos exhortó a echar para adelante juntos. Tiempo después me sugeriría casarme, y así lo hicimos. Mi matrimonio dura ya diecinueve años».

Esa personalidad que combina equilibradamente rigor y facilidad comunicativa explica a los ojos de Aranaldys la trayectoria ascendente de su madre en el mundo sindical, a lo que se une la decisión de avanzar en el ámbito académico para no desmerecer en los escenarios nacionales e internacionales en lo que intervenía. Resiliente, Daysi también ha sabido encajar con altura las zancadillas que le han puesto en un ambiente «en el que se mueven muchos egos y en el que la aplastante composición masculina convierte en desventaja su condición de mujer».

Como hija y como mujer, el más ferviente deseo de Aranaldys es no decepcionarla de ninguna forma, aunque su madre nunca le ha reprochado ni reclamado nada; más bien ha sido lo contrario: en todas las decisiones que ha tomado, ha contado con su apoyo incondicional. Incluso cuando, por falta de oportunidades inmediatas y por la demanda de su maternidad, colgó el título de ingeniera civil y se dedicó a la planificación de proyectos. Cuando deseosa de ampliar su horizonte volvió a las aulas para cursar una maestría en horario nocturno, Daysi estuvo ahí como guardiana de los nietos, propiciándole a la hija la oportunidad de cumplir su propósito. Por eso, si tuviera que mencionar la fuerza que la impulsa a ir siempre un poco más allá, no duraría en señalar a su madre. «Mami no ha tenido buenas experiencias con sus parejas, pero eso no la ha marcado. Ha seguido viviendo su vida. La relación con mi esposo es estable, pero si en algún momento cambiara y yo me viera en la disyuntiva de tomar una decisión, estoy segura de antemano de que saldré adelante. Una seguridad que le debo a su ejemplo».

El primero de mayo de 2003, el presidente Hipólito Mejía le impuso la Orden de Duarte, Sánchez y Mella, junto a otros sindicalistas. Reconocía así su indesmayable trayectoria en favor de los trabajadores. Pero mirando la vida septuagenaria de Daysi Montero de Oleo, es dable pensar que merecía esa medalla solo por haber vivido como lo ha hecho: a golpe de coraje y esperanza.

V. Una madre como pocas: hablan sus hijos e hijas



Graduación de Licenciada en Derecho de la Universidad Tecnológicas de Santiago (UTESA)



Galardonadas con la Medalla al Mérito de la Mujer Dominicana 2021



LA AUTORA MARGARITA CORDERO

Es periodista, ha trabajado en la radio, la televisión y la prensa escrita y digital. Entre otros cargos en el oficio en medios referentes de la comunicación y el periodismo, fue analista política y reportera del periódico El Siglo, directora ejecutiva de la Revista Rumbo, comentarista y entrevistadora del programa informativo Uno+Uno, y directora del digital 7 días.

Premio Caonabo de Oro al Periodismo 2013 y Premio Nacional de Periodismo 2015. Ha escrito los libros Prostitución, esclavitud sexual femenina, en colaboración con Cristina Cavalcanti y Carmen Imbert Brugal, La mujer en los procesos electorales 1986-1990, La comunicación para mujeres en el desarrollo. Informe de investigación, Mujeres de Abril y la novela Nosotras, las de entonces.

Su aporte al proyecto "Serie Biografías Medalla al Mérito de la Mujer Dominicana", es invaluable y contribuye al firme propósito del Ministerio de la Mujer de construir con el acervo de los aportes, en todos los ámbitos de la sociedad, que han hecho las mujeres dominicanas.

